

---

EL ARCA  
DE NOÉ

---



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

---

# EL ARCA DE NOÉ

---

Adaptación en forma de novela  
de la película del mismo título,  
interpretada por los artistas

**DOLORES COSTELLO**  
**GEORGE O'BRIEN**



— NARRACIÓN DE —  
MANUEL NIETO GALAN

PRINCIPALES INTERPRETES

Mary y Miriam . . .	DOLORES COSTELL
Travis y Jafet . . .	GEORGE O'BRIEN
El coronel Nicholas	Noah Beery
El rey Nefilim . . .	• • •
Hilda . . . . .	Leisa Fazenda
El sacerdote y Noé	Paul Mac Allister

Gran superproducción de la invicta marca WARNER BROS de

**EXCLUSIVAS DIANA**

BARCELONA - BILBAO - MADRID - VALENCIA - CÁDIZ

BARCELONA - Calle Rosellón, 210

La ambición, la sed de oro y de riqueza, es un mal innato en la Humanidad. Ante este vicio, el hombre más sensato olvida no sólo sus deberes de hombre, sino hasta los preceptos divinos que ordenan el amor al prójimo. Desde los tiempos prehistóricos, la ambición se había apoderado del corazón de los seres. (No olvidemos que Caín mató a su hermano Abel por envidia de sus virtudes y porque sus tierras producían más), y esta ambición, este desco malsano, creyó Dios que merecía un castigo, pero un castigo ejemplar, que calmase la soberbia de los poderosos y lograrse reedificar el alma sobre sentimientos más puros, más dignos de una criatura creada por el Todopoderoso.

Pero de nada sirvió. Dios envió el Diluvio y cuando nuevamente el género humano se reprodujo, con los hijos del noble Noé, cuando empezaron a dividirse las familias, cuando la tierra volvió a ser poblada, comprendió el Señor que su castigo había sido olvidado y que nada podría salvar al hombre de su soberbia y avaricia. Y entonces fué cuando dijo las santas palabras que hemos leído en la Biblia:

"No tornaré a maldecir más la tierra por causa del hom-

bre, porque el instinto de su corazón es malo... Mi arco de siete colores, puesto en las nubes, será señal de convenio entre Yo y la tierra..."

¿Olvidaron acaso los hombres el poder de Dios? Al contrario, lo reconocían y lo temían. Pero su soberbia era mayor que su temor; sabían que la mano Omnipotente podría destruirlos, y en su loca soberbia, pensaron en hacer algo superior al que les había dado el ser, para ponerse fuera del alcance de su mano.

Habían pasado los años, siglos tal vez, y la humanidad había emprendido la misma vertiente peligrosa. La ambición y la soberbia reinaban como únicas dueñas de los corazones; no había más amor ni más fe que las riquezas, y los pobres sufrían el yugo de los poderosos, pensando en serlo algún día, y los poderosos, ebrios de sus riquezas y temerosos de que sus falsos placeres pudieran verse destruidos por El que otra vez los destruyó, edificaron una ciudad y una torre gigantesca, para preservarse de un nuevo Diluvio. Una torre que jamás pudo edificarse, porque era un reto al Altísimo, y mientras que los humildes, los desheredados de la fortuna morían bajo el peso de un trabajo que nunca verían terminado, los "grandes" adoraban y rendían pleitesía al Becerro de Oro, el único Dios que conocían.

Han transcurrido siglos y siglos, y hoy como ayer, el ansia de oro sigue siendo la mayor esclavitud de la Humanidad. Y, de la soberbia de los hombres, han surgido edificios gigantescos, rascacielos inmensos, con nuevas torres de Babel, y los hermanos luchan contra los hermanos, con el solo deseo de amasar riqueza. Las Bolsas, monstruos in-



deraos, de enormes fauces, tragan incesantemente fortunas inmensas y juegan con los hombres en un juego ciego y caprichoso, haciendo poderoso al que minutos antes se creía perdido, y hundiendo en la desesperación y en el suicidio al que se creía superior a los demás. A veces es un mismo hermano el que causa la muerte de otro; pero, ¿qué importa esto? Jamás podrá culparse de su muerte, jamás se creará un nuevo Caín, puesto que no ha sido él, sino los negocios, y la palabra "negocio" va encerrando en las profundidades de su misterio las más tremendas ambiciones, los más abominables crímenes y los sentimientos puros quedan ahogados ante esta palabra mágica, que todo lo puede, que todo lo supedita a sus deseos y que pasa sobre cuantos obstáculos se le interpone...

Apartémonos por unos momentos de nuestras filosóficas reflexiones y volvamos la vista a la realidad, a un hecho cruel, doloroso, eminentemente trágico, pero real y lleno de humano egoísmo. Acordémonos de lo que fué la guerra, el azote que durante unos años doblegó al mundo bajo el peso de su tétrico poder, y descubriremos que no sólo en la inmensidad de sus combates sufrían las almas de los infelices, sino que, a veces, en la oscuridad de un hogar y en la felicidad de los seres buenos el drama nacía en toda su pujanza, arrollándolo todo, destruyéndolo todo y derribando una vida de paz y sosiego para entregarlos al deseo ambicioso de unos cuantos, encubierto bajo la máscara de un sentimiento de amor que jamás palpité en sus corazones desaprensivos. No se luchaba por la supremacía del bien, sino por el deseo del poder, por la ambición de dominio, y en esa

lucha fratricida, los hermanos, los hijos de Dios, se mataban con instintos de fieras, con crueldad salvaje, insospechada en seres racionales...

Por todas partes no se oían más palabras que las del odio que se albergaba en las almas. El Mundo entero parecía haber experimentado un ataque de locura y los hombres, ebrios de una venganza ridícula, acudían a los campos de batalla, dejando en libertad absoluta los más perversos instintos. Las fábricas no producían más que para la guerra y los campos, faltos de brazos que los labraran, adquirían el aspecto de estepas solitarias.

Pronto empezaron a formarse pequeños arroyos de sangre humana, y como si este hedor enardeciese todavía más a los humanos, aquellos riachuelos no tardaron en convertirse en verdaderos ríos, que recorrían los campos, se internaban en las ciudades. Era el triunfo del Mal sobre el Bien, triunfo efímero, pero que no dejaría de causar millones de víctimas antes de que los hombres se dieran cuenta de su locura y retrocedieran espantados de sus mismos hechos. Pero hasta entonces, ¡cuánto dolor! ¡Cuántas vidas truncadas en plena juventud, cuánto vigor destruido tan inútilmente en pos de una victoria que sería la derrota más grande del vencedor!

Hagamos, por fin, punto a estas palabras de prólogo, necesarias, desde luego, para que el lector pueda darse cuenta de la realidad de nuestra historia, una historia dolorosa y triste de dos almas que se amaban con inmensa ternura y que la guerra separó cruelmente.

Corría el mes de enero de 1914. El expreso París-Constantinopla iba devorando kilómetros hacia la frontera fran-



cesa. El terrible resoplar del monstruo de acero, de cuyas entrañas parecía salir la lava candescente de su interno volcán, se apagaba bajo el ruido infernal del viento, que, convertido en terrible huracán, tronchaba árboles como débiles cañas y sobrecogía el ánimo, mientras que los corazones presentían que algo horrendo, algo monstruoso que haría palnitar a la Humanidad ante su imponente grandera, se preparaba. El agua que caía a torrentes, azotaba las ventanillas del exprés, empañando los cristales e impidiendo a los pasajeros darse cuenta del temporal que se desarrollaba. Los pasajeros del exprés, de vez en cuando, limpiaban con sus pañuelos las ventanillas del coche y, al fijarse sus ojos en el temporal, volvían la cabeza horrorizados. La Majestad Divina presentaba aquella noche todas sus fuerzas potentes; pero pronto el mismo pasajero que había extendido su vista por el campo, olvidaba la terrible visión para sumergir su pensamiento en la constante idea que lo atormentaba. En cada ser vibraba el mismo pensamiento: la guerra, pero sin que ninguno pudiera abarcar toda la inmensa tragedia que expresaba aquella palabra. Lo veían como algo inevitable, como algo que les daría el poder sobre los demás, porque todos estaban seguros del triunfo de los suyos, y, una vez vencedores, entonces es cuando comprendían la vida, porque serían los amos, los poderosos y en su sed de oro y de ambición, se olvidaban de los ríos de sangre que habría de correr, y que tal vez fuese la suya la que iría a engrosar los pequeños arroyos que no tardarían en formarse. Los cuatro jinetes del Apocalipsis empuñaban sus riendas y pronto los cascos de sus cabal-

gaduras aprisionarían la tierra, para hacerla gemir bajo el peso de su poder monstruoso... Y mientras tanto, el tren corría incesantemente, pasando llanos, entrando otras veces en la entraña de las montañas, atravesando ríos... Su marcha era rítmica, siempre igual y la débil luz de su ojo rojizo apenas si podía atravesar las nieblas que lo envolvían. Su única misión era correr; los hombres lo habían dotado de una fuerza gigantesca, y él cumplía con su deber, devorando kilómetros, sin preocuparse de lo que ocurría en su interior...

Pero nosotros vamos a situarnos, por unos momentos, viajeros en aquel tren, sin miedo a la tempestad; vamos a permanecer ocultos como diablillos invisibles en el interior de los vagones y después de haberlos recorrido todos, nos detenemos curiosos en uno de ellos, para sorprender la conversación de sus ocupantes.

Viajan en él dos muchachos jóvenes, simpáticos, de mirada franca y serena, en cuyas acciones se adivina que los une una amistad sincera, casi fraternal. Nuestro capítrito inquieto indaga curiosamente, y sabe que el más alto, el más fuerte de los dos se llama Travis, y que es americano, como su amigo Alberto. Al lado del primero encontramos sentada a una joven de rostro angelical; diríase una Madonna salida del lienzo de uno de esos inspirados maestros del pincel que hicieron su arte inmortal; permanezca inmóvil, y sus ojos, azules como las aguas del mar tranquilo, expresan toda la inmensa ternura que debe albergar su alma buena y sencilla. De cuando en cuando vuelve la cabeza hacia su compañero de asiento, y en su mirada

brilla un reflejo incomprensible, puede ser amor, simpatía, amistad... Nosotros nada sabemos; pero nos ocultamos en un rincón del coche y escuchamos lo que dicen:

—¿Siente usted frío, señorita?—le pregunta amablemente Travis.

—Al contrario—responde la angelical criatura—. El ambiente del vagón está demasiado cargado; pero también es imposible abrir la ventanilla, con una noche como ésta.

La conversación queda interrumpida por una parada brusca del convoy. Indago la causa y veo que hemos llegado a una estación. Está completamente desierta; nadie pretende salir, ni nadie se apea. Solamente, segundos antes de emprender de nuevo la marcha, sube a uno de los vagones un señor respetable, que, sin duda, está buscando un lugar donde poder sentarse. Resopla nuevamente la locomotora y volvemos otra vez a prestar atención a los dos jóvenes, que han vuelto a reanudar la conversación. El le pregunta:

—¿La señora que viaja en el departamento de al lado, es su mamá?

—No, señor—responde ella, que he llegado a saber que se llama Mary, como la Virgen—. Todas nosotras pertenecemos a una compañía de opereta alemana.

—Entonces, ¿usted también es alemana?

—Desde luego. Vamos a París y después a Bucarest—responde Mary.

—Debí adivinarlo—exclama Travis—. Pero no comprendo cómo una artista tan bella como usted viaja en este tren; usted debía ir en "sleeping".

Mary calla ante la galantería del joven; pero sus ojos, sus divinos ojos de ensueño, agradecen la galantería.

De nuevo es Travia quien rompe el silencio, y le pregunta:

—¿No tiene usted miedo a la guerra?

—La aborrezco—responde ella—. Pero, para nosotras, las artistas, la guerra es una ventaja. La gente quiere divertirse antes de morir.

El señor que había subido en la anterior estación, llegó en aquel instante al vagón y pretendió sentarse al lado de otro viajero de rostro desagradable y de mirada autoritaria. Era, según me enteré después el coronel Nickoloff, del ejército ruso.

El coronel rechazó inmediatamente al nuevo viajero, diciéndole:

—No hay sitio, viejo... Tendrá usted que irse con la Biblia a otra parte...

El anciano, sin incomodarse, le respondió sencillamente:

—En mi tierra, le llaman a eso mala educación.

El coronel le volvió la espalda despectivamente y siguió leyendo un periódico que había adquirido en la estación, anterior hasta que de pronto exclamó:

—¡Señores, el Gobierno austriaco ha enviado ya el ultimátum a Grecia! ¡La guerra es ya un hecho!

Había sonado el disparo, y cada uno de los viajeros quiso expresar su pensamiento:

—Hoy es la ciencia la que gobierna al mundo—dijo uno de los viajeros.



—Yo creo que es el demonio en figura de mujer, el que rige nuestro destino—expresó Alberto.

—No digan tonterías, señores—respondió el coronel—. La fuerza de las armas es el único poder.

—Nuestra fe sólo debe reconocer el poder infinito de Dios—exclamó el anciano viajero.

El coronel se volvió hacia él y le dijo:

—¡Yo sólo tengo fe en las bayonetas!

Los únicos que no se ocupaban de la guerra eran Mary y Travis. Ellos pensaban en algo mejor, en algo más noble y hablaban de sus discos, de sus aspiraciones, inocentemente, abriendo cada uno su alma al otro, para que viera que en su interior no había más que bondad...

El tren marchaba a una velocidad fantástica, arrojando por la cúpula de su chimenea bocanadas de llamas que alumbraban el horrendo espectáculo de la tempestad. Un relámpago, más fuerte que los anteriores, iluminó toda la llanura por donde en aquel instante marchaba el expreso y Mary no pudo reprimir un estremecimiento que hizo exclamar a Travis:

—¿Le asustan a usted los relámpagos?

—Mucho, y eso que debían estar acostumbrada a ellos. Viajamos demasiado y siempre sola, sin que nadie pueda darnos compañía.

—Eso será porque usted quiere — respondió sonriente Travis—. Pero estoy seguro que habrá encontrado usted a muchos que habrán querido compartir con usted su vida. ¿Acierto?

Mary bajó los ojos, ruborizada, y al cabo de unos se-

gundos volvió a mirar a Travis. Chocó una mirada con otra y sonrieron cariñosamente. Se habían entendido sin necesidad de decirse nada; y es que el amor no necesita del lenguaje vulgar de las palabras; es algo más sublime, más poético, nace en el corazón y como antes de llegar al cerebro pasa por los ojos, ellos saben expresarlo exactamente y con más fuerza que cualquier lenguaje.

Alberto, cansado ya de la discusión de la guerra, había vuelto otra vez a prestar atención a Mary y le dijo:

—Perdone usted que por una cosa tan fea como es la guerra haya dejado otra bellísima como lo es usted.

—Te advierto—exclamó Travis molesto por la intromisión de su amigo—que puedes seguir. La señorita tenía suficiente compañía conmigo y no creo que te haya echado de menos.

Mary comprendió los celos que empezaban a nacer en el corazón de su acompañante y sonrió cariñosamente, a la vez que decía:

—No haga usted caso a su amigo; ya debe usted conocer lo bromista que es y le ruego que siga en nuestra compañía, si es que no le desagrada.

—Al contrario—exclamó Alberto—. Me encuentro encantado oyéndola a usted y, además, aunque así no fuese, sólo por hacer saber a este majadero me quedaria.

Pero el "majadero", en vez de enfadarse con él, lo estrechó fuertemente por un brazo y le explicó a Mary aquella amistad que los unía, diciéndole:

Nosotros, amigos por casualidad, ella nos unió en un momento difícil de nuestra vida y nos hemos prometido no reunir jamás ni separarnos. Ahora vamos a París, la ciudad



de la alegría, la eterna sonrisa del mundo... ¡Qué lástima que no se quede usted en París!... Si lo hiciera íbamos a pasarlo colosalmente.

—Lo siento mucho—respondió Mary—, pero llevamos el tiempo justo para poder debutar en Bucarest y es imposible que permanezca en París ni un solo día.

Travis se la quedó mirando seriamente y, al fin, exclamó:

—¿Sabe usted que no es nada simpática su profesión?... Podría usted haber elegido otra... al menos para complacer a los amigos, cuando se los encontrase tan inopinadamente como ahora.

Mary se hallaba encantada con la compañía de aquellos dos muchachos, el viaje que tan a disgusto había emprendido, por el presentimiento de que algo extraordinario iba a ocurrirle, resultaba el más agradable de cuantos había hecho en su vida artística. Pero dentro de aquella simpatía que le inspiraban los dos muchachos sentía un especial interés hacia Travis. Su sonrisa, tan llena de nobleza, su mirada, en la que no se adivinaba el menor deseo pecaminoso; y cualquier acto suyo ponía de relieve toda la bondad que debía atesorar en su alma, y Mary, sin poder evitarlo, se sentía atraída particularmente hacia él. También ella hubiera querido prolongar su estancia en París, pasar unos días con Travis, recorrer los alegres lugares parisiños; vivir, en una palabra, por unas horas su juventud, aquella juventud de forzada alegría de la que no había tenido todavía tiempo de gozar.

Un suspiro brotó de lo más profundo de su pecho y vol-

vió la cara hacia la ventanilla del vagón para evitar que Travis pudiera comprender la emoción que aquel instante debía expresar su rostro. De pronto, un estremecimiento violento la impulsó de un lado a otro del vagón, un golpe la privó del conocimiento y quedó desvanecida...

## LA TRAGEDIA

Horrorosa, imponente, nadie puede darse una idea de lo que es una tragedia ferroviaria, porque es muy superior a la imaginación, y la mente humana no puede concebirla en toda su plenitud. Nuestro cerebro es impotente para abarcar tanto dolor, ni tanto desastre...

El expreso París-Constantinopla seguía su marcha inverosímil, como si en vez de ruedas poseyese alas; la lluvia y el viento seguían en su desencadenamiento; de pronto brilló una luz intensa, un rayo, y los fuertes pilares de un puente se derribaron, destrozados bajo sus efectos. El expreso, siempre avanzando, iba acercándose al precipicio que se había abierto bajo sus pies, hasta que un estrépito horrible, un crujir imponente de maderas que se rompen, de hierros que saltan en mil pedazos, el estallido horrísono de la locomotora, y todo el convoy que se precipita hacia el abismo... Dos, tres segundos de silencio, y de nuevo se

alza, confundíendose con los silbidos del aire y el rugir de la tormenta, los ayes de los moribundos y de los heridos. Un pequeño se abraza, llorando, a su madre muerta y grita llamándola para que acuda en su auxilio; otra mujer, loca por el dolor de ver a su hijo muerto, olvida su propio daño, para gritar pidiendo auxilio para el ser de sus entrañas. Pero el egoísmo humano se impone al sentimiento de bondad, y los corazones no se conmueven ante el cuadro de dolor que presencian. Cada uno procura por sí mismo, la vista se acostumbra a la terrible escena, y la única idea que germina en todos los cerebros es la de salvarse. ¡Qué importa el otro! La vida llama, sonríe con su mueca tentadora, y a ella se acude solícito, sin pensar en otra cosa que en salvarla. Pero, sin embargo, lo mismo que en los tiempos bíblicos, todavía quedan almas misericordiosas, seres buenos, que saben conmoverse ante el dolor del prójimo. Son los elegidos de Dios, y El no los abandona nunca. Travis, con el rostro ensangrentado, dolorido todo su cuerpo por los golpes recibidos, no olvidó en aquellos momentos su obligación, y en unión de su amigo, corrió a auxiliar a la pobre Mary, que permanecía desvanecida entre los escombros del coche. Tras grandes esfuerzos lograron los dos amigos extraer el cuerpo de la joven, y con ella en brazos se dirigió Travis hacia otro hombre, que recorría los vagones, procurando auxiliar a los supervivientes. Era el anciano del tren, que, cumpliendo su misión de sacerdote, reconfortaba el espíritu de los desgraciados.

—Yo no puedo marcharme de aquí—exclamó el sacerdote—. Conozco estos sitios y puedo indicarles dónde hallarán

todo lo que necesiten. Muy cerca de aquí tienen ustedes una posada donde refugiarse.

Travis, con su preciosa carga, siguió la indicación del sacerdote, y después de una hora de continuo caminar, alumbrado tan sólo por la repentina luz de los relámpagos, descubrió la casa que se le había indicado. Empujó la puerta y entró. No había nadie, sin duda sus habitantes habían acudido en socorro de las víctimas del siniestro. Procuró volver en sí a la joven y, una vez conseguido, exclamó, con su habitual jovialidad:

—De buena nos hemos librado, señorita.

Mary, al verse sola entre dos hombres, expresó cierto temor en su mirada; pero Travis se apresuró a tranquilizarla, diciéndole:

—No tema; somos buenos chicos.

—¿Y mis compañeras? —preguntó inmediatamente la joven.

—No sé nada de ellas—respondió Travis—. Cuando sobrevino el descarrilamiento, no me di cuenta, hasta que todo había ocurrido. Me encontré herido y a usted desvanecida a mi lado.

—Que si no la auxilia pronto Travis—continuó diciendo Alberto—, a estas horas es muy fácil que no volviera usted a cantar más.

—Luego, ¿le debo a usted la vida?—le dijo Mary a Travis, dirigiéndole una mirada de profundo agradecimiento.

—¡Nunca lo olvidaré!

—¡Bah, eso no tiene importancia!—respondió Travis, y para darle menor valor a su acto de generosidad, siguió di-



ciéndole—: En estas cuestiones, no hay quien me gane... Yo creo que la muerte me tiene miedo y nada quiere conmigo.

—Es usted muy bueno—volvió a decirle Mary, estrechando las manos de su salvador—. Ha hecho una buena acción y quiere quitarle méritos para que no se la agradezca. Eso es noblesza de ley. Pero, ¿no podríamos hacer algo por mis compañeras?

—Imposible, señorita. La noche está imponente y difícilmente podríamos dar con el lugar de la catástrofe. Para venir aquí nos hemos tenido que aluminar con la luz de los relámpagos, y ya comprenderá que es un alumbrado algo difícil de someter a nuestra voluntad.

Mary bajó la cabeza y por sus ojos se deslizaron dos lágrimas de infinito dolor al pensar en sus amigas.

Unos pasos llamaron la atención de los amigos y vieron que una muchacha hula asustada de ellos, gritando:

—¡Fantasmas, fantasmas!

—No somos fantasmas—exclamó Travis—. Somos supervivientes de la catástrofe del expreso y venimos a pedir hospitalidad.

—La casa es pequeña, señor—respondió la muchacha; —pero procuraré atenderles en lo que pueda.

—Yo me acomodaré en cualquier sitio... aunque sea en la bodega—exclamó Alberto—. Lo interesante es que descanse esta señorita.

La muchacha se acercó a Mary y le dijo:

—Para usted tengo una habitación arriba. ¿Quiere venir y se la enseñaré?



Siguió Mary a la joven y entonces fué cuando Travis se dió cuenta de que no habían estado solos, sino que el coronel ruso había presenciado toda su conversación. Sin tener en cuenta la situación en que se hallaban, el coronel se acercó a Travis y le preguntó maliciosamente:

—¿Parece que le gusta a usted la alemana?

—No puedo negar que es bellísima—respondió Travis. —Pero se equivoca usted completamente al pensar lo que piensa.

—¿Cómo puede usted saber lo que pienso en este instante?—preguntó de nuevo el militar.

—Porque lo adivino en el tono de sus palabras—dijo Travis.

—Después de todo, tratándose de una artista de ópera, no tendría nada de particular, ¿no le parece?

—Lo único que me parece, señor—contestó Travis—, es que se trata de una mujer, digna por todos conceptos de nuestra admiración y de nuestro respeto. Su estado debe inspirar a todo hombre que se tenga por caballero, más bien lástima que deseo.

El coronel comprendió que aquel hombre estaba enamorado de la artista y creyó lo más prudente no seguir la conversación. Hizo como que se acomodaba para dormir y Travis se dispuso a seguir su ejemplo. El cansancio pudo más que su voluntad y no tardó en quedarse dormido. Este momento era el que esperaba el coronel para realizar el pensamiento que tenía acerca de la joven. Cautelosamente, subió al piso superior y pretendió abrir la puerta donde estaba Mary. La joven oyó el ruido y se tiró de la cama,

donde se había echado vestida. De pronto, se abrió la puerta y entró el coronel Nickoloff.

Su instinto le hizo presentir algo horrible de aquel hombre y le preguntó:

—¿Puedo saber con qué derecho entra usted a mi habitación?

—Con el derecho de ser usted mi prisionera—respondió el coronel.

—¿Yo, su prisionera?... ¿Desde cuándo?—preguntó nuevamente la joven.

—Se conoce que con la catástrofe ha olvidado usted ya el país donde está; pero yo procuraré refrescar su memoria. No habrá olvidado que usted está en Francia y su nacionalidad alemana le impide vivir libremente en ella.

Mary se quedó anonadada ante aquellas palabras, y el coronel se acercó, diciéndole:

—Pero usted no tiene que temer nada. Yo me encargaré de que no la molesten lo más mínimo si se muestra algo más complaciente conmigo.

—¡Caballero!—exclamó indignada Mary—. ¡Es usted un miserable, que se quiere aprovechar de la triste situación en que me encuentro!... ¡Salga usted inmediatamente o pediré auxilio!

—¿Quién puede auxiliarla?—exclamó sonriendo el coronel.

Mary pensó inmediatamente en Travis; pero Nickoloff, adivinando tal vez su pensamiento, siguió diciéndole:—No piense usted en el joven que estaba abajo; es

americano y a ellos no les gusta meterse en conflictos internacionales.

Pero sus palabras no surtieron el efecto deseado. Mary estaba convencida de que Travis no la abandonaría, y respondió convencida:

—¡Ese joven es un caballero y yo le demostraré que sabe defender a una mujer!

Antes de que pudiera llegar a la puerta, el coronel la retuvo entre sus brazos e intentó besarla. Se entabló entre ambos una lucha, en la que, por ley natural, la victoria correspondía al coronel. Mary se veía ya perdida, en poder de aquel monstruo; pero de pronto se abrió la puerta y apareció Travis, que se lanzó furioso contra Nickoloff.

Momentos antes, Travis se había despertado sobresaltado, y al ver que no estaba allí el coronel, cruzó por su mente un pensamiento terrible. Adivinó lo que había pasado y corrió hacia el cuarto de la joven. En la puerta se detuvo unos instantes, y al oír las frases entrecortadas de Nickoloff, se lanzó en auxilio de aquella mujer, a quien amaba ya con toda su alma.

—¡Miserable!—gritó, separando de un empujón al coronel, de Mary—. ¿Crece acaso que no tiene esta mujer quien la defienda?

El coronel, por toda respuesta, se lanzó contra Travis, que, confiado de sus fuerzas, esperó tranquilamente el ataque, sin inmutarse. Mary presenciaba espantada aquella lucha tremenda, y su corazón palpitaba de angustia

por el temor de que pudiera ocurrirle algo al joven que tan desinteresadamente había salido en su defensa.

Alberto, entre tanto, no perdía el tiempo. Había visto a la hija del dueño de la casa y se sintió una vez más galante, diciéndola:

—¿Vive usted sola en esta casa?

—No, señor—respondió la muchacha—. Vivo con mi padre, pero han venido a avisarle de la catástrofe ocurrida en el tren y ha marchado a auxiliar a los heridos.

—¿Y no hay más casa por aquí que la suya?—volvió a preguntarle Alberto, fijándose en que su compañera, si se quitase aquel peinado que llevaba, se lavase la cara todos los días, se compusiese un poco y no fuera tan tonta podría llegar a ser una muchacha interesante.

—Solamente nosotros—exclamó la joven.

Alberto, a pesar de su inspección sobre la joven, de la que no salió ésta nada favorecida, quiso pagar su hospitalidad con algunas galanterías y le dijo:

—Es una verdadera lástima que una muchacha tan bonita como usted viva tan separada del mundo, sin que pueda oír todas las frases amorosas que inspiraría a cualquier hombre que la conociera.

La muchacha bajó la cabeza con cierta ridícula coquetería y le respondió:

—¡No sabe usted lo que me gustaría vivir en una capital, para que me dijeren todas esas cosas bonitas, que tan bien suenan en los oídos.

—Por eso no se espere, preciosa — exclamó Alberto—. Aquí estoy yo dispuesto para decirle a usted todo lo que



quiera y algo más también. Dígame por dónde he de empezar y yo le prometo que quedará satisfecha.

Otra que no hubiese sido ella, que no conocía de la vida más que lo que oía relatar a su padre, habría comprendido en seguida el tono de broma con que le hablaba Alberto, pero la campesina empezaba a dar crédito a las palabras del joven y le dijo:

—¿De veras que le inspiro yo muchas cosas?

—No lo dude—respondió Alberto, procurando dar a su semblante la mayor seriedad posible—. Jamás he conocido en mi vida a una mujer que resulte tan interesante ni tan hermosa como usted. Si no fuera por mis amigos, esperaba aquí a su papá hasta que volviese para decirle que la amo con locura.

Ella sonreía satisfecha, plenamente convencida de aquellas palabras, y respondió:

—¿Y me llevaría usted a París?

—No sé si sería a París precisamente—respondió Alberto—, pero crea usted que la llevaría a algún sitio, muy lejos, para que nadie pudiera perturbar nuestro idilio.

—Ustedes pueden estar en la casa todo el tiempo que necesiten—exclamó la muchacha—. Aquí no molestarán a nadie. Dígaselo a sus amigos; además, esa señora que los acompaña parece estar muy cansada...

Alberto estaba a punto de soltar la carcajada. Pensó en Travis y en Mary y adivinó también la cara que ambos pondrían en aquel amoroso coloquio. Pero como en cuestión de mujeres no era muy exigente y se contentaba con lo que salía al paso, se conformó, desde luego, con lo que la suerte le había deparado aquella noche y pensó que para

pasar unas horas no estaba mal la compañía de aquella muchacha, y en esta disposición creyó oportuno demostrarle "su amor" más elocuentemente y se acercó a ella para decirle:

—¿De verdad que le gustaría a usted que nos quedásemos aquí más tiempo?

Ella volvió a coquetear con la misma ridiculez que antes e hizo un signo afirmativo con la cabeza. Alberto tomó entonces una de sus manos y, atrayéndola hacia él, siguió diciéndola:

—Pues, entonces, trataré de convencer a mis amigos para que se queden y así no nos separaremos...

Ella estrechó entre sus brazos y le dio un beso en pleno rostro, que hizo que la muchacha se levantara rápidamente y entrara en el interior de la casa. De pronto, unos gritos de auxilio llamaron la atención y corrió hacia el lugar de donde partían para enterarse de lo que ocurría.

Alberto, que la había seguido, entró detrás de ella, pero ya no tuvo tiempo de oír la voz que demandaba auxilio y se sentó tranquilamente para esperar que llegase el nuevo día. Le extrañó la ausencia de su amigo, pero, sin darle importancia alguna, reclinó la cabeza y se dejó vencer por el sueño.

En el piso superior, la lucha seguía en todo su apogeo; los dos hombres peleaban encarnizadamente, sin que ninguno se diera por vencido. El coronel recurría a todas sus tretas para librarse de su enemigo, pero antes que aquél pudiera realizarlas, ya Travis paraba el golpe y lo subordinaba nuevamente a sus fuerzas hercúleas. Los objetos empezaron a rodar por el suelo y Niskoloff aprovechaba el



menor descuido de su rival para arrojarlos contra él. De la cara del coronel manaba abundante sangre, y Mary, con los ojos aterrados por la terrible escena que presenciaba y con el corazón oprimido por la idea de que Travis pudiera ser vencido o sufrir algún daño, se hallaba inmovilizada, como si fuera un ser sin vida.

• Pero los dos hombres, sin pronunciar una palabra, con el odio pintado en sus miradas, seguían aquella lucha infernal. Una vez era Travis el que se hallaba bajo el cuerpo del coronel; pero antes de que éste pudiera dirigirle el golpe definitivo, con un esfuerzo extraordinario, lograba imponerse y colocarse de vencido en vencedor. Otras era Nickoloff el que se hallaba a merced de Travis, pero éste luchaba con nobleza y lo dejaba levantarse para volver a emprender la pelea.

Por fin, Mary pudo exclamar:

—¡Dios mío, esto es horrible!

Pero nadie la oía, jadeaban los pechos de los dos combatientes y seguían peleando con el mismo ardor. De cuando en cuando, un juramento del coronel atronaba el espacio del cuarto donde peleaban y era contestado por un certero golpe de su contrario. Nunca hubiera podido decir Mary el tiempo que duró aquella angustiosa situación, pero ante el miedo de que se prolongase salió a la puerta de la habitación y gritó pidiendo socorro.

En aquel instante, los dos rivales salían hacia afuera: Travis tenía entre sus manos el cuello de Nickoloff, que, congestionado por la falta de respiración, rodó por los escalones, quedando sobre ellos, sin conocimiento.

Los gritos de auxilio de la artista llegaron hasta la

hija del posadero, que corrió a dar cuenta a Alberto, diciéndole:

—Su amigo está pelcando... Suba usted, que necesitará ayuda.

—No se preocupe—respondió Alberto, que conocía los puños de su amigo—. El que tal vez necesite ayuda, será el otro.

Y, en efecto, apenas había acabado de decirlo, cuando se presentó Travis con Mary, diciéndole:

—Aquí no estamos seguros. Huyamos cuanto antes.

Y con la débil luz del amanecer huyeron de la posada, en busca de un medio de locomoción que los transportara hasta Parí. El temporal había cesado y los débiles rayos del sol no tardaron en esparcirse por el campo, como descoscos de alumbrar el dulce idilio que empezaba a unir dos corazones.

## EN PARIS

¿Qué enamorado puede medir el tiempo que pasa al lado de su amada? Y esto le pasaba a Travis. Nunca hubiera podido decir si fué un día, una semana o un año lo que transcurrió. Solamente sabía que era feliz, inmensamente feliz, al amar y saberse amado por Mary. En París vivieron los tres amigos juntos, sin que Travis se atreviera a confesar a la joven el dulce sentimiento que había despertado en su corazón, hasta que un día fué ella la que le dijo:

—Travis, he determinado arreglar mi situación y creo haber encontrado un medio.

El, que nunca hubiera podido pensar lo que iba a decirle, le preguntó:

—¿Puedo saber qué es lo que piensa usted?

—Sencillamente, trabajar. Comprendo que le soy muy

gravosa y hoy mismo buscaré un empleo en una compañía de opereta y empezaré de nuevo mi vida.

—Eso es imposible, Mary—exclamó Travis—. ¿Cómo ¿Acaso hemos cometido involuntariamente alguna indiscreción que a usted le haya sido desagradable?

—Al contrario, Travis—respondió ella—. Jamás podré pagarles todo cuanto les debo... ¿Quisiera que algún día pudiera demostrárselo, para que viese que sé ser agradecida.

—¿Y si yo le dijera que ese momento ya ha llegado?

—¿Le ocurre a usted algo grave?—preguntó, inquieta, Mary.

—Gravísimo—respondió Travis—. Piense usted si lo será, que va en ello mi vida.

—¿Hable usted, por Dios!—exigió Mary, cada vez más alarmada—. ¿De qué se trata?

—Hablaré, pero cuando usted me prometa formalmente que responderá a mis preguntas con la misma lealtad con que están hechas, sin que para nada influya en su contestación ese agradecimiento que dice usted que me debe.

—Se lo prometo, Travis—respondió la joven.

—Ha amado usted alguna vez en su vida, Mary?

La joven bajó los ojos ruborosamente y respondió suspirando.

—Nunca, se lo aseguro.

—Gracias, Mary—exclamó Travis—. Me hace usted el hombre más feliz del mundo.

—¿Y era eso todo lo que tenía usted que decirme?—preguntó ingenuamente ella.

—Aun me queda algo más—volvió a decir Travis—. No ha pensado usted nunca que pueda haber hombre, que conociendo la belleza de su alma y de su cuerpo se sienta locamente enamorado de usted, hasta el punto de serle imposible la vida sin amor?

Ya no dudó más Mary de lo que quería decir Travis, y su corazón latió violentamente, al impulso de aquel amor que era también para ella toda su dicha. No obstante tuvo fuerzas para responder.

—Nunca he pensado en ello.

—No sea mala, Mary—le reprochó el joven dulcemente—. Usted ya sabe lo que quiero decirle, usted ya ha debido adivinar ya que la amo con locura, con frenesí, como jamás criatura alguna ha sido amada. Dígame si mi amor la molesta, si es la causa por la que usted pretende irse y yo le juro que jamás oírás usted de mis labios una palabra de amor.

—No, Travis—respondió Mary en un momento de sinceridad—. No huyo de su amor, huyo del mío, del mío que es tan grande como el que usted me tiene. Desde el primer día sospeché que se apoderaría de mi corazón.

—¡Mary, Mary!—exclamó Travis estrechándola entre sus brazos—. Repítelo, dime una vez más que me amas y creeré que es el mismo Dios quien te envía a mis brazos, para que te haga la compañera de mi vida, mi esposa adorada.



—Sí, Travis—exclamó Mary—. No puedo ocultarlo, te amo, te he amado siempre!

Y tiernamente enlazados, permanecieron aquellos dos corazones que latían bajo un mismo sentimiento, bajo un sentimiento de amor, de dulzura infinita, de dicha inefable, sin que hasta ellos llegara el sonido estridente de las cornetas de un regimiento que pasaba por la calle, cuyos aires parecían ordenar a los hombres el exterminio y la muerte...



## LA VOZ DE LA PATRIA

Fueron días de dicha inefable, en los que los dos enamorados olvidaron las penas que atormentaban a la Humanidad, para no vivir, más que su inmensa felicidad. Para ambos aquella vida era un sueño delicioso, del que nunca querían despertar. Muchas veces, en los momentos de íntimos coloquios Mary le decía sobresaltada: .

—No sé, Travis, me parece que es demasiada felicidad la que disfrutamos nosotros, mientras que tantos seres sufren y mueren en los campos de batalla.

—No pienses en eso — respondía Travis acariciándola apasionadamente—. La guerra es la mayor estupidez de los hombres. Con ella se falta a las leyes divinas y humanas. Dios dijo "amaos los unos a los otros", pero no mataros como enemigos irreconciliables.

—¿Verdad que nunca me abandonarás, si tu país fuera también a la guerra?—le preguntaba Mary ansiosamente.

—No temas—la tranquilizaba el joven—. Mi puesto está

a tu lado. Me he casado contigo porque te amo sobre todas las cosas y jamás me separaré de ti. ¿Qué me importa a mí la ambición de los demás. Mi ambición única es tu cariño, y desde el momento que lo tengo, no puedo desear nada más.

Y los dos esposos, pasados estos leves nubarrones que venían a entristecer momentáneamente el cielo azul de su felicidad, volvían a sentirse otra vez dichosos, completamente dichosos...

Francia, mientras tanto, seguía enviando a los campos de batalla toda la carne joven de que disponía, pero llegó un momento en que el monstruo de la guerra pedía más de lo que ella podía darle, y tuvo que recurrir a sus amigos, a otros países para que le prestaran hombres con que poder satisfacer el apetito insaciable del titán que asolaba al mundo. Y fué los Estados Unidos el país que vino a Europa a poner fin a aquella tragedia que amenazaba con acabar con el mundo. Al otro lado del océano resonó también el grito de guerra y la juventud enardecida acudió al llamamiento de la patria; era preciso combatir, luchar, matar a seres desconocidos, de quien jamás habían recibido daño alguno, sólo por el hecho de hablar un idioma distinto y por haber nacido en otra parte de la Tierra.

Los batallones norteamericanos hicieron su aparición en Francia entre vítores y aclamaciones, el pueblo francés, las mujeres mayormente, porque los hombres luchaban, perseguían a los soldados americanos aclamándolos por donde iban.

Un día, Alberto, que seguía viviendo con Travis, le dijo:



Procuró volver en sí a la joven



Travis tenía entre sus manos el cuello de Nicholoff



Nadie en el mundo podrá separarnos



Era la actriz predilecta de todos





—¿Porque que nuestra «estrella» le gustan las soldaditas?



—Yo voy a cumplir la obligación que tengo de identificar tu personalidad



- La voluntad de Dios quiere que yo te rinda el último servicio



- ¡No, Mary! ¡Tu no morarás!

E L  
—  
vis—  
parto  
—  
te A  
—  
Ilumina  
bres  
—  
pala  
—  
eso r  
bres.  
ría t  
A  
tado.  
—  
patr  
T  
por l  
—  
tal c  
F  
Ineg  
—  
tato.  
p  
amig

—¿Qué piensas de nuestra intervención en la guerra?

—La guerra me es odiosa, Alberto — respondió Travis—. Siento en el alma que nuestra patria haya tomado parte en ella.

—¿Temes acaso que te llamen?—preguntó irónicamente Alberto.

—No—respondió decididamente Travis—, porque si me llamara tampoco iría. No comprendo el por qué los hombres se han de matar.

—¿Y no piensas en la ofensa que han hecho a nuestro país?—volvió a decirle el otro.

—A mi país no se le ha hecho ofensa alguna y, además, eso no es razón para que mueran unos millones de hombres. Creo que con unas negociaciones diplomáticas estaría todo terminado.

Alberto no pudo contenerse más tiempo y exclamó irri-  
tado.

—¿Eres un renegado, Travis!... ¿No te importa nada tu patria, ni le tienes el menor cariño!

Travis se levantó de su asiento y cogiendo a su amigo por las solapas, le dijo en tono amenazador:

—Mira, Alberto, ni a mi mejor amigo tolero que me diga tal cosa.

Fue aquel un momento en que perdió la paciencia, mas luego tranquilizóse momentáneamente, y le dijo:

—Perdóname, Alberto, pero tus palabras me han exaltado.

Pero Alberto, sin preocuparse del estado de ánimo de su amigo, siguió diciéndole:

—Todos nuestros hermanos están en el frente... y nosotros aquí, tan tranquilos, como si no pasara nada en el mundo.

—¿Y qué es lo que piensas tú hacer?—le preguntó Travis.

—Yo no pienso hacer nada—respondió Alberto—. Ya he cumplido con mi obligación.

—¿Con tu obligación?... ¿Qué quieres decir?...

—Alistarme—exclamó Alberto.

Travis no pudo menos de echarse a reír y su amigo le dijo:

—Tómalo a broma, pero he ido sin necesidad de que me llamen. Mira, aquí tengo el telegrama—. Y enseñó a su amigo un despacho que decía:

*Alberto Al-Rue de Temple, 10. París.*

*Admitida su solicitud como voluntario. Preséntese nuestro Cónsul en Londres.*

*Comandante Lamptier*

—¡Eso no puede ser!—protestó dolorosamente Travis—. Tú me has dado palabra de estar siempre juntos...

—Pero me llama mi patria y he de acudir a su llamamiento, si no lo hiciese me creería el hombre más vil de la tierra.

Las palabras de Alberto fueron adentrándose en el corazón de Travis, que sostenía en aquellos instantes una horrible lucha interna. Por un lado, el amor a su país, que las frases de Alberto habían hecho revivir con toda su fuerza y por otra, el amor de su esposa. ¿Podía él aca-

so combatir contra los hermanos de aquella mujer a quien tanto adoraba? Pudo en él más este último sentimiento y exclamó al fin, con la vista baja, como avergonzado.

—Ya sé que mi obligación es ir también, pero no puedo abandonar a Mary... ¿No lo comprendes?

En aquel instante entró Mary y al ver la actitud de los dos amigos comprendió que algo había pasado entre ellos. Temió que hubiera llegado el momento que su coacción presagiaba y preguntó sobresaltada:

—¿Qué le pasa a Alberto?

Travis procuró tranquilizarla y fingiendo una alegría que no sentía, respondió en tono de broma:

—Que quiensa que si él no va, no se acabará la guerra.

El semblante de Mary adquirió de pronto intensa palidez. Sintió que toda aquella dicha de que gozaba iba a terminar para siempre y con la angustia pintada en su rostro, se abrazó a Travis, preguntándole:

—Pero, ¿tú no iras, verdad?

—¿Cómo quieres que vaya yo a luchar contra los tuyos, Mary?

—Poco debe importante eso—exclamó Alberto—. Son los enemigos de tu patria, los que a diario matan a tus hermanos. Piensa en todo eso, y mira si serás todavía capaz de permanecer tranquilo.

—No puedo, Alberto, no puedo—exclamó desesperado Travis—. ¡Es imposible lo que me pides!

—¿Quieres que te diga claramente por qué no vas a pelear?—insistió Alberto, llevando a su antiguo compa-



fiero al colmo de la desesperación—. Pues, sencillamente, porque tienes miedo.

Travis recibió aquellas palabras, como si le hubieran dado una bofetada en pleno rostro, sintió que todo su ser se sublevaba y una nube cegó sus ojos; pero antes que tuviera tiempo de contestar, Mary ya se había colocado entre los dos hombres y le decía a Alberto:

—No, Alberto, no acas injusto, Travis no va porque me quiere. Tú vas a pelear contra mi patria porque yo no puedo impedirlo.

Travis había conseguido dominarse y el gran cariño que sentía por su compañero, le hizo olvidar sus palabras y le tendió la mano, diciéndole:

—Me has ofendido, Alberto, pero te perdono.

El otro, rehusó la mano que le ofrecía Travis y contestó despectivamente:

—Yo no le doy la mano a los cobardes.

—¡Calla!—gritó desesperado Travis—. Ten piedad de mí, o me volveré loco.

Mary presenciaba la escena, llorando amargamente. Veía su felicidad amenazada y como una leona que protege a sus cachorros, se abalanzó sobre Travis y sujetándolo entre sus brazos, exclamó, dirigiéndose a Alberto:

—¡Vete y no le atormentes más!... ¡Travis es mío, mío y no puede ir contra mí!... El amor está por encima de todos los odios y de todas las razas... Es la única verdad de la vida, lo único sublime que existe! ¡Vete de aquí y no emponzoñas más nuestra dicha!

Alberto siguió la orden, y Mary continuó abrazada a su marido, diciéndole:

—¡Travis, bien mío, no me abandones nunca! ¿Verdad que siempre permanecerás a mi lado?

—¡Siempre, siempre unidos, nada en este mundo podrá separarnos, Mary de mi alma!—respondió él.

Y las lágrimas y los besos unieron aún más a aquellos dos corazones que habían nacido para amarse, para no sentir en su ser otro sentimiento que el de su cariño puro, noble, inmaculado como lo eran sus almas.

Y mientras en París la exaltación bélica llegaba a su más alto grado, los campos seguían recibiendo el riego de sangre de toda una juventud que consumía sus energías dentro de las trincheras, o muricado destrozado por el fuego de la metralla. Seguía el desfile de batallones para el frente y continuamente devolvían los trenes algunos despojos humanos, seres inservibles, que jamás volverían a ser lo que fueron.

Desde la marcha de Alberto, Mary no quería separarse de su marido, temía de un momento a otro que el amor patrio pudiese más que sus deseos y que huyese a reunirse con sus hermanos. También Travis procuraba alejarse de todo movimiento militar, huía de los desfiles; las aclamaciones de la muchedumbre vitoreando a los soldados le parecían insultos dirigidos a él. Pero un día, sorprendió a los esposos el paso de un regimiento, y no tuvieron más remedio que presenciarlo. Eran tropas americanas que marchaban hacia el frente y en su fila Travis vió a Alberto. No pudo contenerse y exclamó:

—¡Mira, Mary, allí va Alberto!

Un mutilado, que estaba a su lado, volvió la cara y a verlo, expresó en su mirada tal desprecio que Travis bajó los ojos avergonzado. Las bandas de cornetas seguían tocando los himnos nacionales y Travis, no pudo contenerse por más tiempo:

—¡Oh, qué vergüenza!—exclamó—. ¡Todos mis nervios saltan!... ¡Los pies se me van!

Mary adivinó la inminencia del peligro y se abrazó a él para detenerlo.

—Son mis compatriotas, Mary—le dijo Travis, como si en aquellas palabras quisiera expresarle todo lo que pasaba por su alma—. No puedo mostrarme insensible a la voz de mi patria!

Ella gritó desesperada, haciendo esfuerzos inauditos para detenerlo.

—¡No me abandones, Travis!... ¡Eres mi esposo!... ¡Me perteneces!... ¡Tu vida es mía y no puedes exponerla!... ¡Piensa en nuestro amor!— Y la pobre joven lloraba lágrimas de intenso dolor, de amargura infinita, sintiendo que su corazón se desgarraba. Luchó desesperadamente, pero todo fué inútil. Travis se había contagiado como otros muchos de aquellos bellicos sentimientos, algo superior a su voluntad lo llamaba, impulsándolo a engrosar las filas de los voluntarios. Hizo un esfuerzo para desprenderse del abrazo de Mary, y exclamó:

—¡Te amo y te amaré siempre!... ¡Pero es irresistible la fuerza que me lleva! ¡Adiós, piensa en mí, Mary!

Corrió a las filas y se colocó entre otros dos voluntarios. Al cabo de un rato le preguntó a uno de ellos:

—¿Adónde vamos?

El interrogado se encogió de hombros y respondió lácticamente:

—Adonde nos lleven.

Y una vez más la crueldad de la guerra, deshizo un hogar, destruyó la felicidad de dos seres y ahogó los nobles sentimientos de dos corazones, que por primera vez iban a sentir el odio hacia sus semejantes.

das  
vis  
g  
a  
co  
ot  
cl  
m  
be  
li  
L



## EN EL CAMPO DE BATALLA

Nuevamente el Destino, por una de sus muchas volcidades, puso a los dos antiguos amigos frente a frente. Travis y Alberto se hallaban en un mismo campamento, la guerra los había separado y la guerra volvía nuevamente a unirlos.

Al verlo llegar Alberto, con el corazón lleno de alegría, corrió hacia él y le dijo:

—Travis, ahora soy yo el que te pide perdón por mis ofensas, ¿quieres ser mi amigo?

Por toda contestación Travis abrió sus brazos y estrechó en ellos al amigo querido.

Se hallaban hundidos en la trinchera, esperando de un momento a otro la orden de avanzar, y mientras tanto Alberto quiso saber algo de Mary, de aquella criatura angelical que había sido para él una verdadera hermana.

—No sé nada de ella—respondió Travis desesperado—. Le he escrito varias veces sin tener contestación. Tú no

puedes imaginarte el dolor tan inmenso que es el saber que lejos de ti hay un ser que te adora y que llora constantemente por tu ausencia...

—También tengo yo quien me lllore si me alcanza una bala—exclamó Alberto—. También tengo una persona que lejos de nosotros llora por mi ausencia y me ama con el amor más puro de todas las mujeres.

Y sacando del interior de su guerrera una cartera extraído de ella un retrato. Travis tomó la fotografía y contempló la figura impresa. No pudo reprimir dos lágrimas que se deslizaron silenciosas de sus ojos, al leer la dedicatoria que decía:

*A mi pequeño Alberto, tu madre.*

Del campo enemigo no cesaban de hacer fuego, un fuego nutrido e intenso que no lo dejaba en paz. Un oficial llamó a uno de los sargentos y le ordenó:

—Vaya usted con varios y ataque, por la derecha y por la izquierda a esa maldita ametralladora, hasta hacerla callar.

Entre los hombres elegidos figuraron Travis y Alberto. Cada uno salió por distinto sitio para reunirse nuevamente tan pronto como hicieran callar al pequeño cañón enemigo. Deslizándose por el suelo, como si fueran reptiles, con la cara y la ropa llenas de barro, un barro cenagoso y nauseabundo que olía a sangre, fueron avanzando los atacantes, mientras que las balas enemigas iban diezmando los repentinamente.

Travis avanzaba como un autómatas, sin que se diera cuenta, como si en vez de la muerte le esperase los brazos

de su amada, sus buenos sentimientos se habían extinguido y en su cerebro sólo germinaba ya una idea, la de destrucción y exterminio. Lanzó una granada de mano y la ametralladora calló, pero cuando Travis llegó al lugar donde ésta se hallaba, halló que Alberto había llegado antes que él, pagando con su vida su heroicidad. Entonces fué cuando se dió cuenta de toda la crueldad de la guerra y al tener entre sus brazos el cuerpo de su amigo, que momentos antes se hallaba plétórico de vida, recordó también a la pobre anciana que lloraba la ausencia del ser querido, que nunca más volvería a ver. Aquel recuerdo trajo a su memoria a Mary, a su esposa adorada y un sollozo ahogó su pecho, mientras exclamaba:

—¡Pobre amigo mío!... ¡Qué caro has pagado tu error! Pero yo sabré vengarte.

Y en efecto, desde aquel día el comportamiento de Travis fué de tal heroísmo, que su nombre era pronunciado por sus superiores con cierto aire de admiración y con verdadero cariño por sus compañeros.

Los días trágicos de la guerra se suceden con desesperante lentitud y Travis seguía sin tener noticias de Mary. No podía comprender aquel silencio y a medida que pasaba el tiempo su angustia era mayor. ¿Habría muerto quizá? Pero pronto rechazaba esta idea horrorizado, no podía creer en ella y, además, su corazón le decía que Mary vivía y que seguía amándolo. Entonces, ¿a qué se debía su silencio?

Al incorporarse Travis a su regimiento y salir de Pa-

ría, Mary creyó en un principio que no tendría fuerzas suficientes para poder sufrir aquella separación.

Durante unos días no tuvo fuerzas más que para llorar, se encontraba sola, completamente abandonada en París, sin una mano amiga que se le tendiese y la miseria ya empezaba a mostrar su garra implacable. Los espíritus débiles son los que toman a veces las resoluciones más enérgicas y Mary, después de haber agotado sus lágrimas, resolvió ir también al frente en busca de Travis. Pensó en un principio en alistarse como enfermera, pero su nacionalidad alemana le hacía imposible, antes bien se la detendría y tal vez fuese acusada de espía. Tuvo que desechas esta idea, hasta que el anuncio en un periódico solicitando señoritas para formar una compañía que marchaba a los puertos de concentración le dió la solución. No lo pensó un instante; comprendió que aquél era el único medio de poder acercarse a su amado y, sin vacilar, se presentó al empresario, diciéndole:

—He leído su anuncio y vengo a ofrecerme.

—¿Sabe usted que se trata de ir al frente?

—Por eso precisamente vengo—respondió Mary.

—¿Es usted soltera, o tiene su marido en la guerra?  
—volvió a preguntarle el empresario.

—Soy casada y no sé si mi marido vive o ha muerto en el campo de batalla—respondió Mary.

Esto le facilitó aún más su contrato y al día siguiente, en unión de otras jóvenes, de otras mujeres, que tal vez fuesen buscando lo mismo que ella, partió hacia un punto de concentración, para llevar alguna alegría a los pobres



soldados convalcientes, o a los que la muerte esperaba de un momento a otro.

En un tablado levantado en un caserón del pueblo donde habían sido enviadas, todas las noches Mary bailaba y cantaba, mientras que sus ojos escudriñaban desde el escenario a la concurrencia con la esperanza de ver entre tantas caras desconocidas la de su amado. Al terminar su trabajo corría a la sala y recorría una por una todas las mesas, sin perder la esperanza de que encontraría a Travia. Este interés no dejó de llamar la atención a varios soldados que le preguntaron.

—¿Parece que buscas a alguien, pequeña?

—Sí—respondió ella—. Busco a un soldado americano.

—Eso es algo más difícil de lo que tú crees—le respondieron—. Aquí estamos dos millones de hombres, y buscar entre ellos a un simple soldado, es lo mismo que querer encontrar una aguja en un desierto.

Pero Mary no se amilanaba y seguía buscando, siempre con la esperanza de encontrar al hombre adorado.

La presencia de Mary en aquel pueblo alegró la tristeza de los pobres soldados. Ahogaba la pena que embargaba su corazón y pensando tan sólo que, como aquellos muchachos, fuertes y robustos, cuyas vidas estaban en constante peligro, también a su amado le amenazaba en aquellos momentos otro mayor. Y este recuerdo la hacía la compañera inseparable de los soldados. Cuando terminaba su trabajo y acudía a las mesas en que estaban ellos sentados a cantarles, a hacerles olvidar los tristes recuerdos que los atenazaban y a procurar que, con sus cantos y sus bailes, pu-



dieran ellos gozar un poco de la vida, creía cumplir un deber.

Mary era la artista predilecta de todos, su eterna sonrisa, sonrisa dolorosa que no podía comprender la dulzura de sus ojos, el encanto de su cuerpo, que parecía moldeado a buril, le daban todos los días un éxito clamoroso, que repercutía en los bolsillos del empresario, que no tardó en elevarla a la primera "vedette" de cuantas trabajaban a sus órdenes.

A tal punto había llegado su amistad con los soldados, que sólo se la conocía a ella en la compañía. Pero, sin embargo, nadie pudo jamás saber el verdadero motivo por el que ella ansiaba hacer felices a aquellos pobres seres apartados de sus hogares y de los seres queridos.

Y Mary, sin desesperar, seguía buscando, siempre buscando, con el deseo de encontrar a Travis.

La preferencia que por ella sentía la concurrencia había llegado a suscitar la envidia de sus compañeras, que en cierta ocasión le dijeron: ,

—¿Parece que a nuestra "estrella" le gustan demasiado los soldaditos?

Mary comprendió la intención con que estaba hecha la pregunta, pero, sin darse por aludida, respondió con su habitual dulzura:

—Siento por ellos una lástima grande, es verdad. Me parece que la obligación de todas nosotras es la de alegrar la vida de estos pobres seres, que con tanta frecuencia la exponen.

Las compañeras sonrieron maliciosamente y Mary siguió diciéndoles:

—Además, ellos me recuerdan a mi esposo, al único hombre que he amado en el Mundo y que no sé si vive o ha muerto.

—¿Y cómo no nos habías dicho que tenías a tu esposa en el frente?—preguntaron, modificando por completo su actitud.

—¿Para qué? ¿Podíais, acaso, vosotras hacer algo por él ni por mí? Prefería ahogar la pena en mi corazón y llorar a solas su ausencia.

Las palabras de Mary conmovieron a las otras muchachas, que no dejaban de ser buenas, y acertándose a ella, le dijeron:

—Mary, hemos sido malas e injustas contigo. ¿Nos perdonas nuestra poca delicadeza?... Nosotras creímos...

—Nada tengo que perdonaros, amigas mías — exclamó Mary, estrechándolas entre sus brazos—. Todas sois buenas conmigo y yo me considero dichosa de poder tener vuestra amistad.

Los días pasaban, sin que nada viniera a alterar la vida de las artistas y cada noche Mary volvía al teatro con la misma esperanza, con el mismo anhelo de encontrar al esposo amado. Y una hora después, fatigada, cansada del trabajo, volvía a su casa con la misma pena y el mismo dolor en su corazón.

Algunas veces se atrevió a preguntar discretamente por Travia, pero todos le respondieron en términos parecidos.

—En estos tiempos nadie conoce a nadie. No se sabe quién vive, ni quién ha muerto. Somos náufragos que caminamos a la deriva, sin que se pueda precisar el rumbo de ninguno.

Pero Mary no perdió la esperanza, insistió una y otra vez, preguntó a los oficiales, pero siempre obtuvo la misma respuesta, aquella respuesta que destrozaba el alma y que la sumía en dolorosa desesperación. Cada vez que veía pasar un nuevo regimiento se lanzaba a la calle, diciéndose esperanzada:

—En éste vendrá. En él estará mi Travis y, por fin, podré estrecharlo entre mis brazos.

Pero aquel regimiento, como muchos otros, permanecía unos días en el poblado y volvía a marchar sin que en él hubiera encontrado a su adorado.

Días de inmensa tristeza, de infinito dolor, en los que el llanto pretendía ahogar la risa fingida de sus labios y la mueca tétrica de alegría con que tenía que cubrir su rostro en presencia de los espectadores..

## EL CORONEL NICKOLOFF

Al lugar donde trabajaba Mary concurrían no sólo los soldados, sino que también los oficiales iban a distraerse de los graves pensamientos que los atormentaban, y una de las noches Mary tuvo un encuentro que fué fatal.

El ruso Nickoloff había sido incorporado al servicio de contraespionaje de Francia, y tan pronto como Mary salió al escenario, reconoció en ella a la joven que Travis libró de sus insolentes deseos. Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro, a la vez que se decía interiormente:

—Veremos ahora si te escapas, pequeña.

Esperó tranquilamente que terminara la sesión, y cuando Mary, como todas las noches, recorría las mesas buscando a su esposo, la retuvo a su lado y le dijo:

—¿No se ha equivocado de campo la bella alemana?

Mary comprendió inmediatamente que nada bueno podía esperar de aquel hombre; pero no se amilanó y respondió enérgicamente:

—Yo ya no soy alemana; soy americana.

—¿Americana?—exclamó riendo el coronel—. Eso habría que demostrarlo, y antes es posible que yo pudiera convencer a los Tribunales de que se trata de una espía.

—Puede usted hacer lo que quiera—exclamó Mary, sin dejarse dominar por aquel hombre—; pero yo demostraré que estoy casada con un americano, que en estos momentos se bate por su patria.

—En este momento, no me importa lo que seas—volvió a decirle el coronel con su desconcertante frialdad—, y si quieres ahorrarte preguntas desagradables, te espero a la puerta del café, esta noche a la una. Si vas, olvidaré la obligación que tengo de identificar tu personalidad.

Mary no quiso ni responderle; la presencia de aquel hombre le repugnaba, y huyó de su lado, presa de un terror que no podía disimular. Al llegar a la calle, el aire fresco de la noche le devolvió alguna tranquilidad, y se disponía a marchar hacia su casa, cuando oyó que un regimiento se acercaba. Esperó a que pasara con la esperanza de que tal vez entre sus soldados encontraría a Jarvis; pero nuevamente su decepción fué desesperante.

—¡Dios mío!—exclamó llorando—. ¿No lo encontraré nunca?

Y, sin embargo, en aquel regimiento que ella había visto pasar, estaba Travis. Habían estado el uno al lado del otro, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de la presencia del ser querido. Cuando hubo pasado el último soldado, se disponía a marchar, y en aquel momento se le apareció Nickoloff, diciéndole:



—Veo que entras en razón, pequeña; de lo contrario, te hubiera costado un disgusto. Créeme que no he podido olvidarte.

Intentó abrazarla; pero Mary, sin pensar en el peligro que corría, levantó la mano y descargó sobre el rostro del miserable un bofetón. Aquello exasperó más aun al coronel, que exclamó:

—¿Es decir, que resistes todavía?

—Siempre—respondió Mary—. Le odio a usted y prefiero mil veces la muerte antes que dejarme tocar por un ser tan miserable...

—Está bien—volvió a decirle Nickoloff—; pensaba dejarte en paz, pero ahora te tendré en consideración como una espía.

—¿Como una espía?—preguntó aterrada Mary, sabiendo la suerte que le esperaba.

—No es otra cosa la persona que procura ocultar su personalidad para introducirse en una nación enemiga.

Pasaba una ronda en aquel momento, y el coronel la llamó y dió orden de detener a Mary, diciéndole al jefe de la misma:

—Detengan a esta espía, hasta que podamos averiguar su personalidad.

—¡Yo no soy espía! — exclamó desesperada Mary—. ¡Usted lo sabe!

El oficial, ante el dolor que expresaba la joven, tuvo un momento de piedad e interrogó con la vista al coronel, que siguió diciéndole:

—Es alemana, y dice que es americana.

—Lo soy—volvió a decir Mary, llorando amargamente.  
—Mi marido es americano y está luchando en el frente.  
¡Lo juro por lo más sagrado del mundo!

Nuevamente el oficial sintió piedad por ella; una voz interior le decía que aquella mujer no podía haber cometido el delito de que la acusaban; pero la voz inflexible del coronel recordándole su obligación, hizo acallar los buenos sentimientos que luchaban en su interior.

—¿Parece que duda usted en cumplir mi orden?—exclamó el coronel.

Ya no dudó más, y dió orden a los soldados para que la detuvieran.

Los delitos de espionaje se juzgaban inmediatamente, y generalmente todos eran castigados con la misma pena: la muerte. En el caso de Mary, el único que podía defenderla era Nickoloff; pero éste, deseoso de venganza porque la joven lo había rechazado, se convirtió en su acusador. Refirió su primer encuentro, cuando la guerra estalló, y acumuló sobre ella tantos datos en su contra, que los jueces acabaron por creer en la culpabilidad de la procesada, y el fallo fué condenatorio.

Fué inútil que Mary intentara defenderse; carecía de documentos que acreditaran su personalidad y tuvo que sucumbir bajo el peso de las acusaciones de aquel miserable.

Frente aquel Tribunal que imponía, por la seriedad de los hombres que lo formaban, Mary se sentía sin fuerzas para defenderse y las preguntas del presidente únicamente sabía responder.

—¡Juro que soy inocente! ¡Soy la esposa de un soldado americano, que en estos momentos se está batiendo en el campo de batalla!

Pero nadie creía su declaración. Las palabras del coronel hacían más fuerza sobre el ánimo de los jueces y Nikoloff cada vez inventaba más cargos para satisfacer su venganza, ya que le había sido imposible satisfacer sus perversos deseos.

Llegó un momento en que Mary, anonadada ante tanta maldad, comprendió que cuanto hiciera resultaría inútil para convencer a aquellos hombres que, cegados por el cumplimiento del deber, olvidaban el sentimiento de piedad, y se dejó caer llorando amargamente.

Volvieron a interrogarla y se negó a hablar. ¿Para qué? Ya había dicho toda la verdad y, sin embargo, no la creían. ¿Acaso podría conmoverlos con una nueva relación de su vida?

Aquella negativa fué su sentencia, y cuando varios soldados se acercaron a ella para llevarla al lugar en que debía permanecer detenida hasta el momento de su ejecución, un suspiro alivió su pecho, al verse libre, por fin, de aquel cruel interrogatorio que la martirizaba, tanto o más que la misma muerte a que había sido condenada.

La sentencia debía verificarse a la mañana siguiente, y durante toda la noche Mary, encerrada en un calabozo, estuvo llorando desconsoladamente, sin que una mano caritativa se le acercara para consolarla. Aquellas horas fueron para ella como las páginas de un libro en las que iba leyendo toda su vida pasada. Recordó su niñez, al lado de su

madre buena, su orfandad poco tiempo después, sus primeros pasos por el mundo, sin una persona que llegase a ella desinteresadamente, el deseo sospechado en cuantos hombres se le habían acercado, hasta que encontró a Travis y halló en su amor su felicidad, la única dicha de que pudo gozar y que tan brevemente pasó por su vida, la triste separación y como remate final a toda una vida de sufrimiento y de dolor la muerte que la esperaba. Ante esta idea de morir, sin volver a ver al hombre adorado la atormentaba. Odio a la guerra con toda su alma, pero solamente a la guerra, sin pensar en alemanes ni franceses; su alma era demasiado noble para que su odio pudiera concentrarse en una sola persona y esperó resignada a que llegara la hora fatal.

## ¡ESPÍA!

Las primeras luces del amanecer anunciaron el arribo del nuevo día e iban deshaciendo las formas fantasmales que adquirían los objetos en la oscuridad, a la vez que los toques de cornetas ponían en movimiento a las tropas que guarnecían aquella población. Mary, acurrucada en un rincón del cuarto que le servía de calabozo, elevaba su pensamiento a Dios y de cuando en cuando la sombra del ser querido, del esposo amado, por quien había expuesto su vida, cruzaba su mente e inundaba sus ojos de lágrimas. Jamás hubiera podido decir el tiempo que permaneció en esta actitud y sólo se dió cuenta cuando abrieron la puerta de su celda y entraron varios hombres armados. Uno de



ellos, que parecía el jefe, leyó un escrito cuyas palabras no comprendió, pero que adivinó que sería su sentencia de muerte. No desmayó por eso, sino que con firmeza, con una heroicidad incomprensible en una mujer como ella, escuchó toda la lectura hasta que el oficial le preguntó:

—¿Está preparada para seguirnos?

Mary hizo un movimiento de cabeza asintiendo a la pregunta y los soldados la colocaron entre ellos para conducirla al lugar de la ejecución. Entonces se acercó a ella un sacerdote y le dijo:

—Hija mía, la voluntad de Dios quiere que yo le rinda el último servicio, piense en su misericordia infinita.

—No la olvido, padre mío—respondió Mary—y a su bondad infinita me acojo. Soy inocente del delito que se me imputa, pero perdono a mis jueces y a mis enemigos.

La serenidad de la joven, sus palabras que expresaban toda la bondad de su alma, emocionaron vivamente al sacerdote, que no pudo hacer otra cosa que ofrecerle un crucifijo, que Mary besó y estrechó contra su pecho.

Se acercó a ella entonces el oficial y vendó sus ojos con un pañuelo negro. El momento trágico había llegado y ni en aquel instante supremo el coronel Nickoloff, había sabido contener sus deseos de venganza y quiso presenciar la ejecución. Un pelotón de soldados avanzó frente a donde estaba colocada Mary, y el oficial fué a dar la señal de fuego, pero antes que pudiera ordenarla uno de los soldados corrió hacia la joven, gritando:

—¡Es Mary!... ¡Mi Mary!... ¡Mi esposa!

La voluntad divina no podía permitir que se consumase el sacrificio de aquella vida y había dispuesto que uno de los que debían ejecutar la justicia de los hombres fuera precisamente Travis. Júzguese el dolor de éste al ver a su mujer en aquel estado. Sintió que su corazón estallaba en pedazos y corrió como loco hacia donde estaba su esposa, sin pensar en nada que no fuese en el peligro que corría aquella mujer por la que él hubiera dado cien vidas, en caso de tenerlas. Mary, al oír la voz de Travis, se arrancó el pañuelo que cubría sus ojos y exclamó a su vez:

—¡Travis, por fin!... Dios es demasiado bueno y no ha querido que muera sin poder estrecharte otra vez entre mis brazos.

—No, Mary, no—respondió Travis—. Tú no morirás, aquí estoy yo para salvarte contra todo el mundo. Tu vida es la mía, yo ya he demostrado que sé morir por mi patria y demostraré que también sé morir defendiéndote.

El oficial, sin poder comprender la escena que pasaba ante sus ojos, quiso intervenir, pero Travis, con la desesperación pintada en su mirada se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—¡Es mi mujer!... ¡Mi mujer!... ¿Lo oís bien?... ¡Y no puede ser una espía!

El oficial se volvió hacia Nickoloff, que presenciaba la entrevista de los dos esposos sin inmutarse y le interrogó con la vista. El coronel comprendió la duda del oficial y por toda respuesta se dirigió a los soldados y les ordenó:

—¡Muchachos, cumplid las ordenanzas!... ¡Apartad a ese hombre y que la ley se cumpla!

—¡Nunca! — respondió Travis—. Si es preciso morir, moriremos juntos. Si este es el pago que me da mi patria por mis servicios, lo acepto resignado; todo, antes que apartarme de esta mujer, que juro que es inocente.

—¿Se atreverá usted a indisciplinarse?—le preguntó el oficial—. Piense usted que puede costarle la vida.

—Mi vida es ella, si me la quitan ¿para qué quiero vivir? Pueden hacer fuego, no me moveré de mi sitio.

El coronel quiso intervenir nuevamente, pero antes que pudiera hacerlo se oyó una horrible detonación y el antiguo caserón donde se hallaban se derrumbó estrepitosamente, dejando sepultados, en vida, a los dos esposos, al sacerdote y al coronel Nickoloff, gravemente herido.

El anciano sacerdote, como si aquello fuera un aviso divino, levantó sus manos al Cielo e imploró misericordia diciendo:

—¡Ten piedad de tus hijos, Señor!... No saben lo que se hacen!

Pronto se dieron cuenta de la difícil situación en que se encontraban y el sacerdote volvió a exclamar:

—Estamos enterrados vivos. Sólo el poder de Dios podrá salvarnos. Recemos, hijos míos, y recordad que también Dios salvó del Diluvio, con que castigó la maldad de los hombres, a quienes creían en su poder inmenso y en su bondad inagotable.

Y el buen discípulo de Cristo empezó a leer el bíblico episodio, mientras que su mente, aquellos seres, que per-

manecían a sus pícs, iban adquiriendo la forma de los antiguos personajes.

—Como el Arca de Noé—empezó diciendo—flotó sobre las aguas, haz, Señor, que la justicia flote sobre este mar de sangre... Y así como el Diluvio ahogó a un mundo de pecados, esta guerra inunda un mundo de odios, con una ola de sangre... Diluvio y Guerra!... Todo es lo mismo, todo es castigo del Todopoderoso para la Humanidad pervertida...

Volvió nuevamente a enfrascarse en la lectura de la Biblia y continuó diciendo:

—También en aquel tiempo la maldad de los hombres era ilimitada. Se desconocía al verdadero Dios y los habitantes de la Tierra, no creían en más poder que en el que daba la riqueza. Se erigieron templos suntuosos donde se veneraban a falsos dioses y los placeres hacían olvidar a los hombres las leyes divinas.

Una de las poblaciones más grandes que se conocía era Accad, donde continuamente se celebraban fiestas en honor del Becerro de Oro. Era su rey Nefilim, la encarnación del mal y de la crueldad y tanto él como su pueblo habían renegado del verdadero Dios para adorar a Jaghuth.

Un año en que la cosecha había sido más abundante se celebró una fiesta para dar gracias a este falso Dios y Nefilim, después de haber reunido a todo el pueblo y de haberlo entregado a los más soccos placeres, les dijo:

—Abundante ha sido la cosecha en nuestros campos, demos gracias a Jaghuth, el más poderoso de los dioses.

Cuando la luna llena corone las montañas de Siria, ofrendaremos a nuestro dios el sacrificio de la virgen más hermosa...

Y mientras tanto el pueblo se entregaba a la idolatría, a los placeres, a los vicios sin que ni uno de todos aquellos desgraciados pensara en la justicia del único Dios verdadero ni temiese su castigo.



## LA FAMILIA DE NOE

Pero no eran todos los seres los corrompidos de alma y ciegos de luz divina. Entre tanta maldad unas almas permanecían fieles al Todopoderoso y daban continuamente gracias al Altísimo por los dones que sobre ellos prodigaba. Eran éstos la familia de Noé, y mientras ellos oraban, de los fértiles valles del Tigris, de las altas montañas del Líbano, de las cumbres rocosas del Sinal y de todos los lugares, acudía, para rendir tributo al falso dios, un verdadero enjambre humano. Y aquel pueblo que creía obtener los favores del dios que idolatraban, con los sacrificios humanos, entregaban a las inocentes vírgenes al hierro infamante de la esclavitud. Pordioseros y vagabundos, hombres y mujeres, todos eran en aquellos días huéspedes del rey Nefilim, que los hacía disfrutar de los placeres prohibidos; solamente permanecían alejados en sus campos Noé y sus tres hijos: Sem, Cam y Jafet.

Jafet era el más pequeño de ellos y amaba con la inq-

cencia de su corazón, virgen de todo pecado, a una bella doncella, esclava de su padre y criada con el temor a Dios. Se llama Miryam, y los dos enamorados vivían las horas felices de su dicha, sin que un mal pensamiento nublara la pureza de sus almas. Juntos pastaban el ganado de Noé y muchas tardes al volver al hogar, Jafet llevaba entre sus brazos hercúleos el frágil cuerpo de la joven. No se decían palabras de amor, pero en sus ojos se adivinaban la terneza más infinita y reían dichosos al sentirse el uno al lado del otro.

Pero esta dicha, tan dulce, tan sencilla, se vió una tarde interrumpida por la presencia de la soldadesca que, apoderándose de Miryam, exclamaron:

—He aquí a la más hermosa virgen de la comarca. Ella será la víctima inmolada en holocausto de nuestro Dios.

Y en su ébrio fanatismo llevaron a la pobre Miryam a presencia del rey, a quien se la mostraron, diciéndole:

—Señor, he aquí a la virgen más hermosa que hemos encontrado. Te la entregamos para que pueda ser sacrificada a nuestro dios.

La desgracia de Miryam hizo verter raudales de lágrimas en casa de Noé, pero Jafet no lloró, sino que se encaminó hacia la ciudad y desafiando al rey, estrechó entre sus brazos a Miryam, diciéndole al cruel tirano.

—Ni tu alta jerarquía, ni tu falso dios, podrá librarte del castigo, si no me devuelves a Miryam.

La soberbia de Nefilim no se dejó esperar mucho tiempo. Las palabras de Jafet merecían un castigo y ordenó a los soldados:

—Prended a ese miserable y llevadlo al molino eterno, para que pague su horrible blasfemia.

El molino eterno era un castigo mucho mayor que la muerte. Era una enorme muela de piedra en la que constantemente se trituraban piedras y machacaban los corazones de los que ofendían a Jaghuth. Semejaba una enorme noria en cuyos palos se uncía a los desgraciados castigados por Nefilim, obligándoles a trabajar a fuerza de latigazos. Allí fué llevado Jafet, pero antes de uncirlo con los demás, la crueldad de Nefilim se hacía patente aún. Varios soldados, verdaderos verdugos del rey, saltaban los ojos de los infortunados, condenándolos a una ceguera eterna. Y Jafet también tuvo que sufrir el tremendo suplicio, sin que de sus labios se escapara una queja, ni de su pecho un suspiro. Creía en la bondad divina y esperaba tranquilo a que la justicia de Dios premiara a los buenos y castigara a los perversos.

El dolor del anciano Noé fué inmenso; pero no desesperó, no dudó un solo instante del Todopoderoso, y postrado de hinojos solamente imploraba la misericordia del que todo lo puede.

La maldad de los hombres y la bondad de Noé, tenían que tener cada una su justo merecido, y un día, mientras que el triste anciano oraba fervorosamente, oyó la voz de Dios que decía:

—No temas por tu hijo, ni por tu sierva... Ven a la cumbre del Teregh... Yo estaré allí para hablarte y una hoguera será mi señal."

Cumplió Noé el mandato divino y se encaminó hacia la

cumbre de la montaña en cuya cima se distinguía una hoguera. Al llegar a ello Noé cayó de rodillas, esperando las órdenes del Señor, y sobre la roca más alta de la montaña los rayos fueron escribiendo las palabras divinas, que decían:

"La maldad de los hombres merece un castigo. Sólo tú y los tuyos que habéis permanecido fieles os veréis libres de mi justicia. Haré que durante cuarenta días continuos caiga sobre la tierra una lluvia copiosa. Los ríos saltarán sus cauces, el mar inundará la tierra y todos perecerán ahogados. Construye un arca capaz para contener a tu familia y a un par de animales de cada especie, y encerrados en ella espera mi aviso, que te llevará una paloma."

—¡Piedad, Señor, para ellos!—suplicó Noé.

—No la merecen—volvió a decirle la voz divina—. Solamente el que se arrepienta sinceramente de sus pecados merecerá mi gracia.

Noé inclinó la cabeza al suelo en señal de sumisión, y exclamó:

—Hágase tu voluntad, Señor, así en la tierra como en el cielo.

Y Noé cumplió las órdenes del Todopoderoso, auxiliado por sus familiares.

En vano exhortó a los habitantes de la tierra a arrepentirse e implorar la clemencia divina, para desarmar su justicia e inducirle a suspender el castigo; ni creían en estas predicaciones ni temían al Señor, y seguían irritándole con sus pecados. Fue inútil que Noé les dijera la revelación que le había hecho el Señor y los invitara a realizar



— ¡Ten piedad de tus hijos, Señor!



El pueblo se entregaba a la idolatría





Isaac también vive que sobre el tremendo suspenso



Moé se está construyendo su arco



Indes se prostaban ante el poder—mas reconocian del Dios Invisible



El templo de Isidori se derrumbó como un edificio de arena



*Dios nos guíe a donde tengamos que ir*



*Los puertos del Arca se abrieron para darle pan*

el bien; se reían de sus palabras y lo tomaban por loco, diciéndole:

—Ese gran diluvio que predices no hará otra cosa que mojar tus barbas—. Y le arrojaban cántaros de agua sobre el rostro para que la burla fuese mayor. Pero Noé no desmayaba, seguía exhortándoles y diciéndoles:

—Temed la justicia del Señor, del único Dios verdadero. Su bondad es infinita, pero su castigo, siempre justo, es también poderoso. Nada, ni nadie, podrá escapar de él, si no entráis en la senda de la verdad y de la luz; abrid los ojos y vuestros corazones a mis palabras y creed lo que os digo.

—Necesitamos verlo para creerlo—exclamaban, asiendo-se de él.

Y Noé, levantando sus miradas al Cielo, imploraba misericordia, diciendo:

—Dios mío, Tú que todo lo puedes, toca sus corazones con la varita mágica de la virtud, ya que mis palabras no puedan convencerlos.

Y mientras que Noé seguía construyendo su arca, Jafet seguía sufriendo el tremendo castigo que le había sido impuesto por Nefilim. Sufriendo los golpes de sus crueles verdugos, día y noche trabajaba en el horroroso molino, sin que su cuerpo conociera el descanso. Pero su alma permanecía fiel a Dios y su fe no cedía, y cuando después de largas horas de continuo y forzado trabajo dejaba por unos momentos la gigantesca rueda a la que se hallaba unido, caía de hinojos y elevaba su corazón a Dios, diciéndole:

—Dios mío, soy tu esclavo, y si tu voluntad es ésta, cúmplase así.

También la inocente Miryam permanecía encerrada esperando que llegara el momento de su sacrificio, y lo mismo que Jafet, seguía siendo fiel a sus creencias. En la soledad de su encierro no dejó un solo instante de tener fe en la justicia divina y esperaba su fallo tranquila, con la serenidad de un alma que no ha pecado.

El sacerdote interrumpió su lectura para ver a los desgraciados que con él habían quedado sepultados en el caserón y vió que Travis y Mary oían atentamente sus palabras. Mentalmente reconstituyó los hechos bíblicos y paulatinamente, a la vez que iba recordándolos, Mary tomaba la figura de la inocente Miryam y Travis la del creyente Jafet. También la del rey Neftim tenía allí su semejanza: era el coronel Nickoloff, cuyo crueldad era sólo comparable a la del prehistórico rey.

—Continúe, padre mío—suplicó Mary, dulcemente—. Sus palabras hacen un bien infinito en mi alma. Parece que son palabras divinas que fortalecen mi alma ante tanta miseria como nos rodea.

El sacerdote colocó su mano sobre la cabeza de la joven, mientras que sus ojos se elevaban al cielo, como pidiendo gracias para aquellos dos seres que reconocían el poder infinito del Creador.

—Continúo, hija mía—respondió el sacerdote, volviendo de nuevo a su lectura.

Las palabras de Noé fueron desoídas por los hombres y continuaron celebrándose las fiestas paganas, los sacrificios



en holocausto de sus falsos dioses y todos se postraban ante el poder que reconocían del dios Jaghuth.

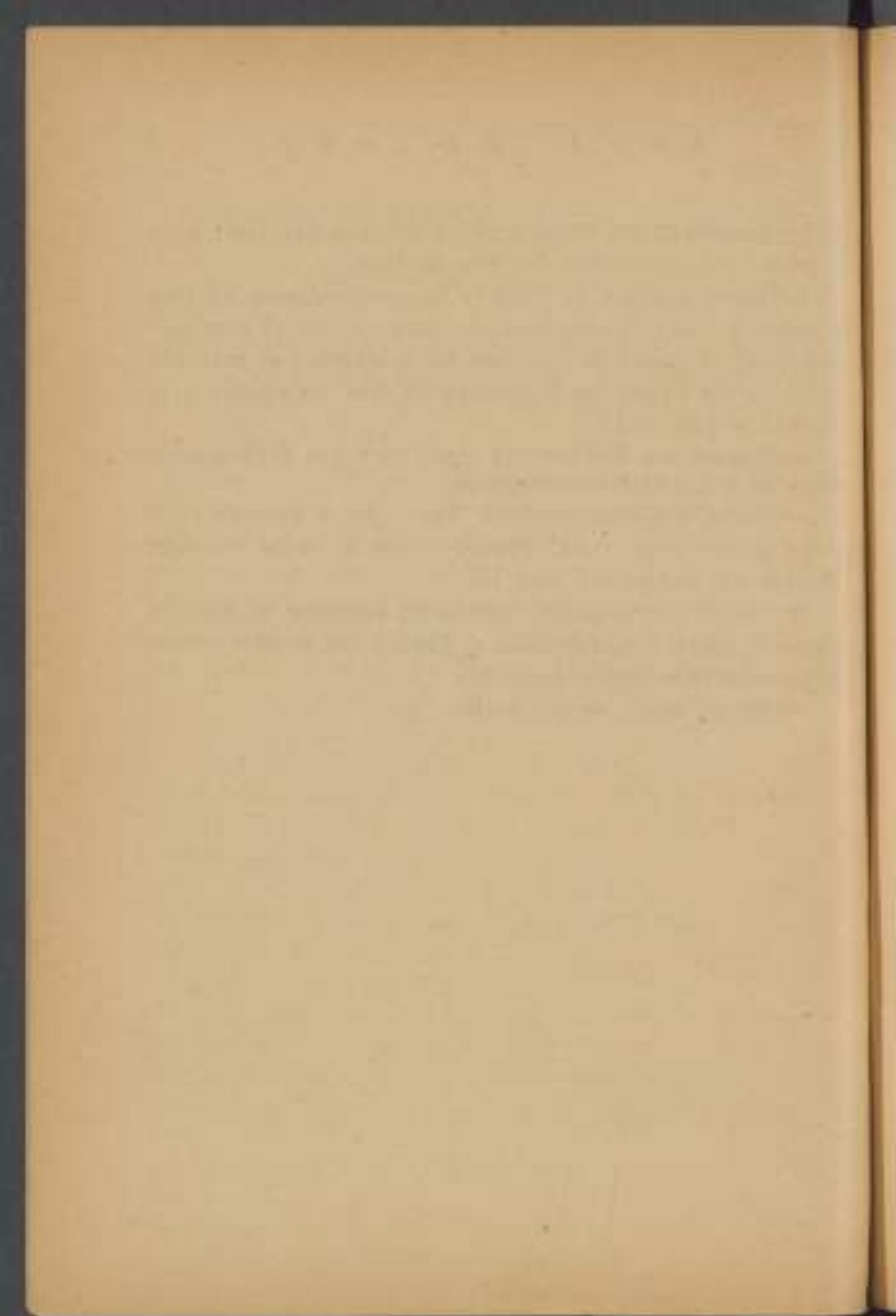
Llegaron a oídos de Nefilim las predicaciones de Noé y envió a sus soldados para que destruyeran el arca que éste estaba a punto de terminar. La soldadesca se presentó en el monte donde los familiares de Noé trabajaban y le dijeron al patriarca:

—Nuestro rey Nefilim nos envía para que destruyamos esa arca que estáis construyendo.

—¡Atrás, impíos!—exclamó Noé—. Es la obra de Dios y no podéis deshacerla. Probad a ver si todas vuestras fuerzas son suficientes para ello.

Y cuando los soldados intentaron acercarse al arca, la tierra se abrió, impidiéndoles el paso, y los supervivientes huyeron atemorizados, gritando:

—¡Es un brujo, es un brujo!...



## EL SACRIFICIO DE MIRYAM

Se había cumplido la fecha señalada por los ritos paganos, había llegado el día señalado para el sacrificio de Miryam y en el imponente templo que habían levantado los impíos en honor de su dios Jaghuth, la muchedumbre se agolpaba, ávida de presenciar el horrible espectáculo.

Antes de consumarse el sacrificio, el rey Nefilim ocupó el trono y dió la señal de que empezara la fiesta en honor del dios que veneraban.

Salieron a continuación varias jóvenes, con los cuerpos medio desnudos y en presencia de todos esperaron a que terminaran los cantos religiosos. Una vez acabados empezaron a ondular sus cuerpos en una danza impúdica y soez, enervando los sentidos de los que la presenciaban. Este

bailé duró cerca de dos horas, y cuando unas bailarinas caían rendidas por el cansancio, eran sustituidas por otras, elegidas entre las jóvenes más bellas de la comarca, y así sucesivamente.

Miryam, colocada sobre una de las gradas del templo, presenciaba horrorizada toda aquella ceremonia, con el corazón elevado a Dios y con el pensamiento fijo en los seres amados. Estaba segura de su muerte, pero su fe le decía que Dios no podía permitir su sacrificio, y esperó tranquila el fallo del Señor.

El poderoso rey Nefilim dió orden de que entraran los arqueros y aparecieron varios soldados, cuya presencia suscitó una exclamación de alegría entre la concurrencia: eran los encargados de consumir el sacrificio. Colocados ante la joven, que esperó inmóvil las flechas, tendieron sus arcos, y antes que el dardo mortal saliera de los arcos, las puertas del templo se abrieron y apareció la figura noble de Noé, que les dijo:

—La hora señalada por Dios ha sonado, arrepentíos de vuestros pecados, para que Dios se apiade de vosotros.

Nefilim se echó a reír de aquella advertencia, y señalándole a Miryam, le dijo:

—Si es verdad que tu Dios tiene tanto poderío, dile que salve del nuestro a tu sierva, pero tendrá que traer un ejército valeroso y fuerte, que pueda vencer a mis soldados.

—Dios no necesita ejércitos—repuso Noé—. Su poder es inmenso y destruiría a ti y a los tuyos con su sola voluntad.

—No le déis crédito—exclamo, furioso, Nefilim—. Es un loco que no sabe lo que se dice.

Mas en aquel instante se desencadenó una tormenta terrible; rayos y truenos atronaron el espacio, y Nefilim gritó a sus soldados:

—Prendedle y arrojadlo a los perros, para que no desafíe más la cólera de nuestro dios...

Pero fué imposible; las puertas del templo volvieron a abrirse y Noé salió de allí, diciéndoles:

—Sereis pervertidos, nada ni nadie os podrá librar del castigo de Dios. Vuestra sentencia está dictada. Si en vuestras almas queda algo de bondad, llorad por vuestras culpas, antes de que sea demasiado tarde vuestro arrepentimiento.

Nefilim ordenó que salieran en su persecución, pero las puertas se habían cerrado herméticamente, sin que fuera posible el abrirlas. Desesperado, Nefilim se volvió hacia los arqueros y les ordenó:

—¡Pronto!... ¡Consumad el sacrificio para aplacar la cólera de Jaghuth!

Los arqueros tendieron sus arcos, pero sus flechas se negaban a salir de ellos. Miraron espantados a Nefilim, que siguió diciéndoles:

—¡Perros, os he mandado que disparéis!

—Imposible, señor—exclamaron—. Las flechas de nuestros arcos permanecen inmóviles sin querer salir de ellos.

—¡Traid!—exclamó de nuevo Nefilim, cada vez más irritado—. Yo os mostraré cómo salen del mío.

Tomó un arco, pero también tuvo que desistir de ello,



después de haber obtenido el mismo resultado que sus arqueros. Entonces se acercó a la enorme figura del dios que veneraban y le dijo:

—¡Oh, Jaghuth!... ¿Por qué quitas el poder de mis flechas? Comprendo tu justa cólera, porque te han ofendido, pero tú que todo lo puedes, fulmina y destruye a tus enemigos, que Jehová se abata al ímpetu de tus rayos...

Y aquel pueblo idólatra y fanático se postró ante el falso dios esperando la protección que nunca había de llegarle.

Sobre la ciudad maldita empezaba a caer la justicia de Dios. El viento hacía temblar los muros más fuertes, la lluvia arreciaba cada vez más y de las montañas, de los valles, de las arenas y del desierto, se dirigían hacia el arca un par de animales de cada especie... Y se abrieron las fuentes de las entrañas de la Tierra y arreciaron más y más los manantiales del Cielo. El verdadero Dios reinaba y Noé y los suyos alababan el Santo Nombre.

El templo del Jaghuth se derrumbó como un edificio de arena al soplo del viento, el falso dios destruido por los rayos quedó echo añicos y sus idólatras, aterrorizados, huían en busca de un refugio que no habían de encontrar. Estaban malditos de Dios y Esto les hacía sufrir su cólera.

Cayó sobre la tierra una lluvia copiosa; el mar, con sus encrepadas olas, cubrió los llanos y las montañas, y los infelices mortales conocieron, aunque tarde, la espantosa realidad del conflicto que se les había anunciado.

Jafet esperó tranquilo a que la mano misericordiosa de Dios viniera en su auxilio e imploró su bondad, diciendo:

—Señor, apiádate de tu pobre esclavo, libra a los míos de tu cólera y acepta el sacrificio de tu siervo.

Un rayo cayó sobre el enorme molino, pulverizándolo, y Jafet se sintió libre de sus ligaduras.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó, cayendo de hinojos—. Tu bondad es infinita. Guía mis ojos y llévame al lugar donde está Miryam.

Y como si una luz interior iluminara su pensamiento, sin dudar un instante, siempre firme en su camino, empezó a andar hacia el templo que acababa de derrumbarse. El griterío era espantoso en aquel lugar. Miles de seres luchaban por salvarse de la muerte y se veían arrastrados por la corriente que los impulsaba a los profundos abismos de la muerte. Solamente Miryam, protegida por Dios, permanecía a flote, siguiendo el curso de la corriente, que había de llevarla donde la esperaba Noé.

Al oír las voces de los desgraciados, Jafet gritó, llamando a su adorada.

—Miryam, Miryam, ¿dónde estás?

—Aquí—respondió la voz dulce de la niña, que había llegado a su lado—. Estoy aquí, a tus pies.

—Ven a mis brazos—volvió a decirle Jafet—. Dios nos guiará a donde tengamos que ir.

Y tomando entre sus brazos el débil cuerpo de su prometida, volvió a emprender su marcha, sin detenerse a pensar. No tenía rumbo fijo, se dejaba llevar por una fuerza misteriosa, era la voluntad de Dios que lo conducía con su preciosa carga hacia el lugar de su salvación. Por fin llegó a donde estaba el arca y las puertas de ésta se abrie-

ron para darles paso, pero no era esto sólo lo que Dios quería otorgarle. Por su amor Jafet había perdido la vista y su bondad supo devolvérsela, para que pudiera admirar la inmensidad del castigo a que se habían hecho merecedores los hombres y pudiera dar gracias al Señor por haberlo salvado de él.

Seguía el Cielo arrojando sobre la Tierra una lluvia torrencial; las aguas del mar y de los ríos iban aumentando e invadidas las casas por el terrible elemento, los habitantes huían a las cúspides de los árboles o a las cimas de los montes; el esposo arrastrando a la amada consorte, el hijo robusto al anciano padre, las madres a sus hijos, y el agua subía siempre, sumergiendo con implacable furor hombres, mujeres, niños y animales. Las aves, cansadas de volar y no hallando punto donde reposar, abrían sus alas y caían en aquel abismo sin fondo que lo absorbía todo. Todos los que se habían burlado de Noé rodearon su arca implorando piedad y suplicando que los llevase dentro, pero el arca permanecía cerrada y uno a uno fueron pereciendo aquellos seres idólatras, que jamás dieron fe a las palabras del enviado de Dios.

Sólo el arca de Noé flotaba tranquila sobre la líquida superficie y en ella se salvaron los familiares de Noé y un par de animales de cada especie. Durante cuarenta días no cesó de llover y el agua anegó las montañas más altas. En la Tierra no quedó ningún ser, y al término de los cuarenta días, cesó la lluvia y un viento cálido y fuerte hizo que bajaran lentamente las aguas. El descenso tardó

seis meses y transcurridos éstos el arca de Noé descansó sobre los montes de Armenia.

Noé no se atrevía a salir de su flotante habitación, y decidióse a enviar un ave, a modo de explorador: soltó, pues, un cuervo, el cual, atraído por el hedor de los insepultos cadáveres, se cebó en ellos y no tornó al arca. A los pocos días volvió a arriesgar otra tentativa, y soltó una paloma, que tímidamente extendió sus alas y describiendo varios círculos en torno del arca, regresó a ella por no encontrar donde posarse. Soltóla de nuevo pasada algunos días más y entonces se alejó, volviendo por la tarde con un ramito de olivo en el pico.

Animados los habitantes del arca con este signo de paz, y habiendo oído Noé la voz del Señor que le dijo saliera, salió, en efecto, con su familia y ofreció al Señor un sacrificio en acción de gracias, por el inmenso beneficio que a él y a los suyos había otorgado.

Dios dijo entonces a Noé:

—Yo pondré mi arco en las nubes en señal de alianza que hago con los hombres, y no enviaré jamás otro Diluvio.

Y apareció en las nubes ese vistoso meteorito, esa delicada cinta de colores que no existe en la paleta de ningún pintor, uniendo el cielo con la tierra, el arco iris, que brilla desde entonces como si fuese la sonrisa del Eterno.

El sacerdote terminó aquí su lectura y luego continuó diciendo:

—Aquel ejemplar castigo no bastó para que los hombres odiasen al mal. Su ambición fué adueñándose nuevamente de sus corazones, fueron olvidando el poder del Todopo-



deroso y la Humanidad necesitaba un nuevo escarmiento que le hiciera ver hasta dónde podía conducirla sus locos desvaríos y su idolatría por el Becerro de Oro. Era preciso que una tragedia parecida al Diluvio se desencadenase sobre la Tierra para que sus habitantes volviesen al camino de la verdad, para que reconociesen que por encima de ellos había un Juez Supremo que juzga sus actos y castiga su soberbia. Pero la promesa de Dios es firme y no podía enviar otro Diluvio, y lo mismo que entonces se acabó la Tierra con agua, esta vez será con fuego. Por todos los ámbitos del mundo corren ríos de sangre que van ahogando las conciencias y pronto quedará la Tierra convertida en un lodazal inmundo donde se sumergirán los degradados pecadores, si el Señor no envía un Iris de paz sobre este nuevo Diluvio.



## EL ARMISTICIO

El segundo jinete del Apocalipsis había pasado por la Tierra y la muerte y la desolación lo entenebrecía todo. La Humanidad estaba ahíta de tanta sangre, la razón se sublevaba ante tanto dolor y los mismos seres que meses atrás enardecían a los combatientes eran los que ahora gritaban pidiendo que aquella guerra fratricida se terminara. No había hogar en el que no se llorara la muerte de un ser querido. El mundo parecía enlutado con un inmenso manto negro que lo entenebrecía todo. La sonrisa había desaparecido de todos los labios y cada corazón era un manantial de dolor y de lágrimas. Ya no había enemigos, ya los unía a todos un mismo deseo, una misma ansia de paz, de redención, de olvido de sus odios. Pero todavía el

castigo de Dios no había sido completo; después del jinete de la Muerte, emprendió su compañero su carrera el hambre y la enfermedad se adueñó de las ciudades y los que no habían caído bajo el mortífero fuego de la metralla, sufrían aún más fuertes sus efectos. Los campos no producían más que cadáveres y donde antes la mano de Dios había prodigado sus frutos bienhechores, sólo se veían sepulturas. El mundo entero era un inmenso cementerio sin límites; no había un palmo de terreno sin que hubiera recibido el riego de la sangre joven que sobre él se había derramado. Pero a pesar de tanto dolor la soberbia de los hombres no se dominaba, nadie quería darse por vencido, y como un Iris de paz Dios envió a un pueblo nuevo, ajenos a todos aquellos prejuicios para que fuese árbitro de aquella sangrienta contienda, para que pusiese fin a la inmensa tragedia que pesaba sobre el Universo, y los Estados Unidos tuvieron que intervenir para que cesaran las hostilidades.

Todos ansiaban aquella paz bienhechora, que, aunque tarde, todavía podía remediar sus muchos males, y sonó la hora del perdón. La firma del armisticio abrió los corazones a la esperanza de nuevos horizontes, de otros tiempos más felices. Fue acogida por todos con igual regocijo y lo mismo que años atrás las calles se inundaban de una muchedumbre ebria de sangre y de odios, ahora eran recorridas también por otra muchedumbre que celebraba con gritos de feroz alegría el término de aquella contienda, llevando cada uno impreso en su rostro los sufrimientos pasados, los dolores causados por la guerra impía; era el

estigma de su soberbia que permanecía marcado en ellos para toda la vida.

Travis y Mary permanecían abrazados, esperando, como el sacerdote, el fallo inexorable y justo de Dios, pero en sus almas la fe no decaía y no perdían la esperanza de que un milagro viniera a salvarlos.

—No temas—le decía Travis—. Dios es misericordioso y no puede abandonarnos.

—Nada temo—respondió Mary, estrechándose contra el pecho del amado—. Confío en Él y en tu amor. Él me libró de la muerte y no permitirá que ahora que te he vuelto a encontrar, ahora que puedo volver a ser dichosa con tu cariño, muera enterrada en vida.

—Hijos míos—exclamó el sacerdote—. Vuestros corazones están limpios de todo pecado. Ya os bendigo en nombre de Dios, para que os conceda la dicha a que sois acreedores. Oremos ahora por los que están en pecado mortal, por los que luchan en los campos, por los muchos infelices que en estos momentos estarán muriendo, víctimas de la codicia de los hombres.

Y aquellos tres seres, unidos por un mismo sentimiento de amor, cayeron de hinojos y de lo más profundo de sus corazones se elevó una súplica al Altísimo, pidiendo misericordia para todos.

Y lo mismo que Dios no abandonó a Noé en el Diluvio, tampoco dejó de su mano a aquellos seres que creían en Él y cuya fe era inquebrantable.

De pronto sobre sus cabezas apareció una luz y se oyó ruido de voces. Un griterío inmenso se oía sobre ellos, has-

ta que de pronto apareció la cabeza de un soldado, que entró seguido de otros varios.

—¿Venía por nosotros?—preguntó valerosamente Travis.

—Sí—exclamaron abrazándose unos a otros—. Hemos venido a salvaros. Nada tenéis que temer. Ha sido firmado el armisticio. Ya no hay más guerra.

—Gracias, Dios mío—exclamó el sacerdote, elevando su mirada al Cielo—. Tu poder es tan infinito como tu bondad. Has perdonado a los hombres...—. Y dirigiéndose a los soldados que le escuchaban, les dijo:

—¿Oís? Con el silencio de las armas se abre una nueva era de perdón. Dios ha enviado de nuevo su Arco de colores de Paz sobre la Tierra. Debemos olvidar nuestros odios antiguos y tenernos todos por hermanos.

Al decir esto se dirigió a Travis, señalándole al coronel, que permanecía en el suelo, agotado por la pérdida de sangre sufrida.

—Yo también te perdono—exclamó Travis, tendiéndole su mano generosa—. Todo el mal que has intentado hacernos lo he olvidado.

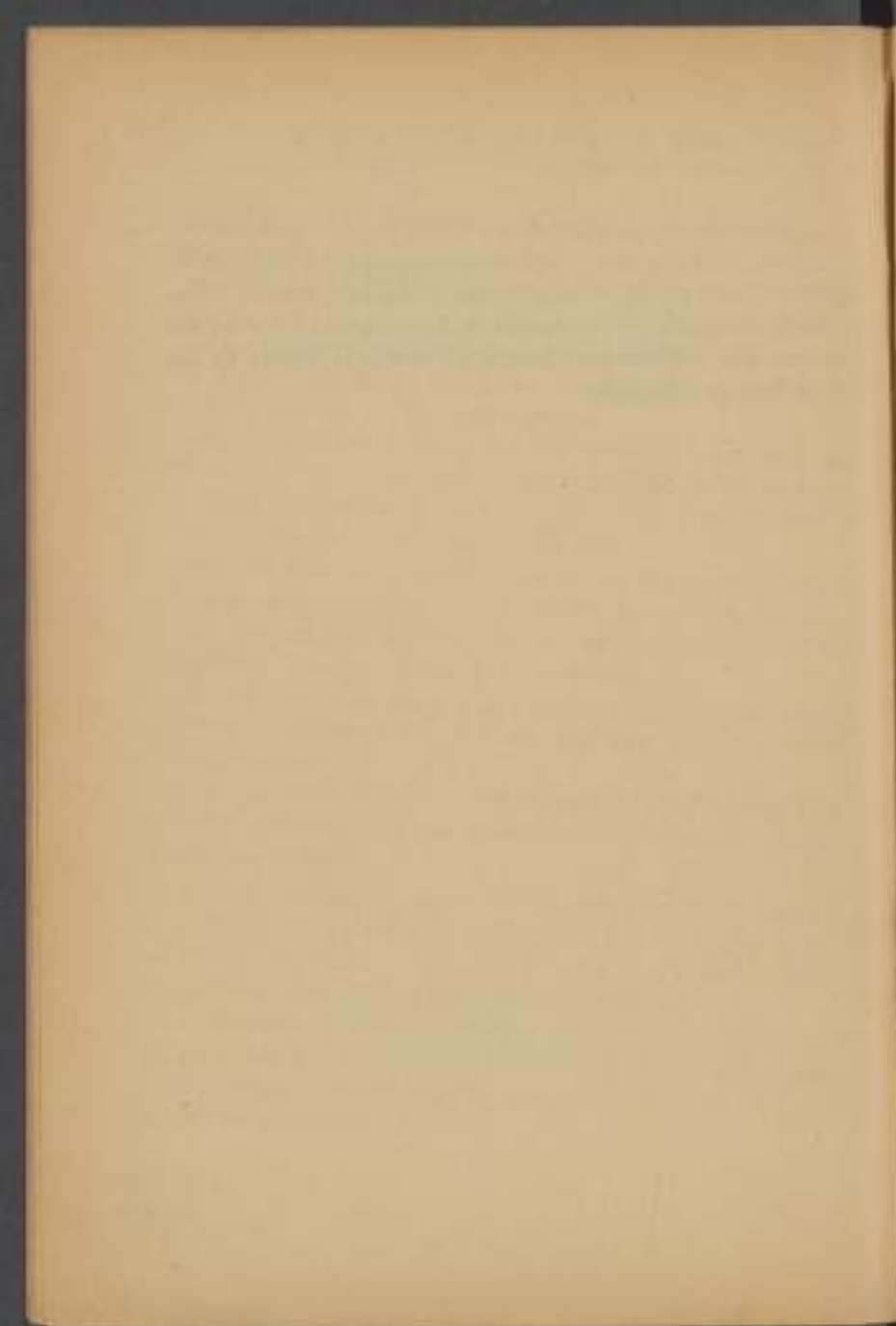
Pero el coronel no pudo oír sus palabras, hizo ademán de contestar y una nube eclipsó su mirada, dejó caer la cabeza sobre su pecho y entregó su alma a la muerte. Mary se acercó al coronel y piadosamente cerró sus ojos. Aquel era su perdón, el olvido de todos los sufrimientos que había padecido por la concupiscencia de aquel hombre, y luego, uniéndose al sacerdote, le preguntó, con toda la ingenuidad de su calma:

—¿Cree usted, padre, que no habrá ya más guerras?

—Sólo Dios lo sabe, hija mía—respondió el sacerdote.

—Pero el horror de vidas segadas perdurará mucho tiempo en la memoria de los hombres. La tragedia ha sido tan inmensa que difícilmente podrá olvidarla la mente de los que la han presenciado.





## PARIS

París había perdido la alegría de sus años pasados, sus calles parecían solitarias, y aunque sus habitantes se esforzaban por sonreír, en los rostros de todos se hallaban impresas las muestras del dolor y sus sonrisas eran más bien una mueca trágica con que querían encubrir las llagas del alma.

Travis y Mary volvieron a la capital de Francia, a la casa que durante varios meses cobijó la felicidad de sus amores, y al entrar en ella, la joven no pudo ahogar los sollozos que ahogaban su garganta.

—¿Por qué lloras, Mary?—le preguntó Travis—. ¿Acaso no eres ya feliz?

—Sí, Travis—respondió la esposa, abrazándose a él—.

La felicidad también hace llorar. Todos estos objetos me recuerdan otros tiempos felices, los días de nuestros amores, nuestras primeras promesas. Todo está lo mismo, parece que no ha sido más que una terrible pesadilla, y, sin embargo, ¡cuántos sufrimientos padecidos! ¡Cuántas lágrimas vertidas en mi soledad!... No puedes figurarte el dolor de verte partir, de pensar que tal vez no volvería a verte. ¡Sólo mi amor pudo sobreponerse y darme fuerzas para ir en tu busca!

—Sí, Mary—exclamó Travis, bajando la cabeza avergonzado—. Fui un insensato al dejarme arrastrar por mis sentimientos. No me creo digno de tu amor, de ese amor tan grande y del que sabré hacerme digno.

La joven no le dejó terminar, cerró su boca con un beso, símbolo de castidad y de amor, diciéndole.

—Todo pasó. Te amo lo mismo. Olvidemos lo pasado y creamos que ha sido un sueño cuyo despertar nos ha traído la felicidad de que gozamos, de esta felicidad que ya no perderemos nunca, porque está cimentada en nuestros mismos sufrimientos. La guerra pasó, los pueblos vuelven a llamarse hermanos y los que sobrevivieron vuelven a sus hogares en busca de la dicha que les aguarda.

—Pero también hay muchos que jamás volverán, que no volverán a sentir el beso de la madre, ni el abrazo del amigo—exclamó melancólicamente Travis.

Mary adivinó su pensamiento, comprendió que en aquellos momentos la imagen del amigo cruzaba por la mente de su esposo y estrechó más aún su abrazo, diciéndole:

—Acuérdate del sacerdote, digamos como el decía: "Señor, cúmplase tu santa voluntad.

—Llevas razón, Mary; que la voluntad divina se cumpla, y puesto que ella nos ha unido para siempre, disfrutemos del amor que nos otorga. Seamos felices con nuestra dicha bendita y guardemos para con los muertos el recuerdo de nuestras oraciones.

Y volvieron para los dos esposos los días felices de antaño, olvidaron los pasados sufrimientos para recrearse en la dicha inmensa que anegaba sus corazones. Habían salido vencedores de la prueba que Dios les había impuesto y solamente algunas veces el recuerdo del amigo desaparecido llegaba hasta ellos.

En las calles ya no se oían los bélicos toques de cornetas, ya no eran vítores los que la muchedumbre lanzaba a los soldados, eran miradas de infinita compasión, al ver toda una juventud destruida, toda una Humanidad deshecha por el terrible azote de la guerra, a la que los había llevado la ambición de unos hombres. La guerra era ahora odiosa, poco a poco los campos empezaron a producir de nuevo, la gente se entregaba a reconstruir lo que en unos segundos había sido destruído, se trabajaba con un ardor insospechado. Parecía como si se quisieran borrar los estragos de la gran tragedia, que como una afrenta monstruosa pesaría siempre sobre la actual generación, para que la venidera no tuviera que avergonzarse de sus antecesoras. Ya no era el cañón el que atronaba el espacio con la estriden-

cia de sus detonaciones, sino que eran las sirenas de las fábricas las que elevaban sus silbidos al espacio, como cantando un himno de paz y de trabajo, y al resonar de su eco los corazones se ensanchaban y parecían oírse las divinas palabras del Redentor del Mundo, diciendo:

"—Amarás a tu prójimo como a ti mismo."



## EPÍLOGO

Han pasado los años horribles de la guerra, apenas la Humanidad se siente en convalecencia de aquella terrible enfermedad que amenazó con destruirla, de aquel diluvio de fuego en el que los hombres perecían, sin razón y sin justicia, impulsados por un sentimiento de ambición de los grandes, de supremacía de los fuertes, que olvidándose de que hay una Justicia superior a la de ellos, querían imponer su voluntad, arrollando los preceptos divinos.

En los primeros años de la postguerra el mundo pareció adormecido todavía por la pérdida de sangre que había emanado de sus entrañas; pero pasado unos pocos meses, el olvido fué abogando los sollozos de las madres, que no volvieron a ver más a sus seres queridos; el odio fué embargando nuevamente los corazones, y la codicia y el deseo de riquezas ha vuelto de nuevo a los humanos, con la mis-

ma potencia que anteriormente. Ahora no se matan los hombres en los campos de batalla; es una lucha más oculta, menos estruendosa, pero más sangüinaria: las bolsas, aquellas inmensas torres de Babel, edificadas de nuevo por los hombres, han abierto sus fauces devoradoras y han empezado a tragar vidas y fortunas con insaciable apetito. Los antiguos ídólatras del Becerro de Oro han olvidado el castigo que Dios envió sobre la Tierra y se dedican a idolatrarlo, sin más fe que el de su fuerza y sin más sentimiento que el de su ambición.

¿De qué sirvió tanto horror y tanta muerte? Volvamos la vista atrás y veremos que lo mismo que antiguamente se mataban los hermanos, lo mismo que el primitivo Caín, ahora son varios los Caín que existen.

En medio de aquella lucha, Travis se desesperaba de ver cómo el mundo no había cambiado; cómo la ambición volvía a tener iguales vasallos y le decía a Mary:

—Es inútil, Mary, luchar contra la avaricia de los hombres. En cada uno de ellos existe un tirano, un ser dominador, que para lograr su dicha, dicha fingida, puesto que la cimenta en la riqueza, no concibe el dolor del otro. Cada uno procura por sí mismo, y las santas palabras de Dios vuelven a olvidarse. Ya no se cree en El, y lo mismo que después del gran Diluvio la Humanidad ha vuelto a tener su ídolo, el mismo de siempre, el Becerro de Oro. Ya

nadie se acuerda de los días horribles de la guerra; nadie tiene ya presente los campos llenos de cadáveres, faltos de brazos que los hicieran producir el fruto bendito de sus entrañas. Han olvidado los ríos de sangre en los que la Humanidad parecía que iba a ahogarse. Ha bastado unos cuantos meses después del iris del armisticio, para que la obra santa quede destruída. Llevaba razón el sacerdote cuando dijo que nadie podría precisar si habría o no otra guerra.

—Pero a nosotros no debe importarnos eso — exclamó Mary —. Por encima de todos los odios, de todas las ambiciones, de los sentimientos, se eleva nuestro amor, nuestro amor, en el que todo es pureza, ¿verdad Travis?

—También lo fué antes — respondió éste melancólicamente—. También nos amamos con igual fuerza; pero acuérdate que una fuerza superior, algo fatal que llevamos dentro del alma nos separó y estuvo a punto de alejarnos siempre. Ahora no será a nosotros a quienes separé, pero pienso en nuestros hijos, en los de los demás, que tal vez se vean sometidos a las mismas pruebas, a los mismos dolores que nosotros, y no sé si ellos, educados por completo en este ambiente de insana maldad, podrán conservar la misma firmeza de ánimo que nosotros. Paria ya vuelve a ser lo que era antes de la guerra. Otra vez aparece en sus labios la sonrisa tentadora de antes y el nombre se entrega a ella, con la misma embriaguez que el amante en bra-

zos de la mujer amada.—Calló un momento, bajo el peso de su pensamiento y exclamó, como hablando con un ser invisible.—Pero, no; París no es lo mismo. Lo mismo aquí que en todas las partes de la tierra donde se ha sentido el zarpazo de la fiera, en medio de tanta alegría, de tanto olvido e indiferencia, quedan los residuos del fatal festín. Aun se pascan por las calles los pobres inválidos que, con sus dolores, son la afrenta de la Humanidad, por su gesto de absolutismo, de su crueldad y de sus pecados.

Pero Mary ya lo había olvidado todo. El corazón de una mujer es mucho más sensible al dolor y a la alegría y ella se sentía feliz. Podía tener a su lado a Travis, y sus pasados sentimientos los daba por bien empleados, puesto que le habían permitido conocer el profundo amor que él sentía por ella. Comprendía la verdad de todo lo que le decía, pero no hasta el punto de que él hablaba. Ella veía el momento presente, y como la Miryam de los tiempos bíblicos, después de haber dado gracias al Altísimo por haberlos salvado del gran Diluvio, pensó únicamente en ser feliz con su nuevo Jafet.

Se acercó cautelosamente adonde estaba Travis, y acariciándole mimosamente, lo estrechó entre sus brazos, diciéndole:

—¿Me dejarías por otra guerra, Travis?

El levantó la vista hasta ella, fijó sus miradas en las

de la joven esposa, y al leer tanta ternura y pasión, hizo más fuerte el abrazo y exclamó:

—¡Nunca, Mary! Los hombres podrán jugar con las vidas ajenas, pero nunca con el corazón, y mi corazón es tuyo, completamente tuyo...

Y la música deliciosa de un beso sonó en el espacio como un himno de paz y de ventura, la mayor que Dios puede ofrecer a los corazones, como los de aquellos dos seres tan llenos de bondad y de gratitud.

FIN



---

---

**N**O DEJE DE SOLICITAR el Catálogo General  
de Biblioteca Films, que contiene  
la colección mas amena y sugestiva  
de novelitas cinematográficas.

¡ Escriba hoy mismo (y  
se lo mandarán gratis) a

**Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona**

## Gran Selección de Biblioteca Films

50 céntimos

La Rosa de Flandes .....	R. Meller
Koenigsmarkt .....	J. Cassain
Los dos pillones .....	J. Forest-L. Shaw
Cómo D. Juan de Berraltaga .....	Fay Compton
Condenada contra ley .....	M. Vargouvi
El lobo de París .....	H. Bandia
El Abasco .....	M. Ribus
El bien perdido .....	Alice Jones
La madre de todos .....	Mary Carr
Ronda de noche .....	R. Meller
El último corrus .....	Vera Reynolds
Rupa Vieja .....	Chiquilla
La prueba del fuego .....	Ronald Colman
Valeris e Aguilas humanas .....	Lya de Pott
Una gran señora .....	N. Talmadge
Los hijos del trabajo .....	J. Nieto
Metrópolis .....	B. Helm
Sudas sangrientas .....	M. Jacobini
Venganza gitana .....	R. Colman
Ruata .....	W. Calderoff
San-Hur .....	H. Navarra
La pequeña vendedora .....	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha .....	C. Schoenstrom
El Ciro .....	Charlot
El espejo de la dicha .....	Lily Damita
Napoleón .....	A. Dircoduné
Martirio .....	Buzi Varma
Por la Patria y por el Rey .....	Bend Navarra
El diamante del zar .....	J. Petrovich
Corazón de Padre .....	Lon Chaney
La bella de Baltimore .....	Dolores Costello
El gran combate .....	Colleen Moore
Los héroes de la Reina .....	Billa Dove
El Gaucho .....	Douglas Fairbanks
La Ventrone .....	Raquel Meller
El cancor de jazz .....	Al Jones
La legión de los condenados .....	Gary Cooper
Las tristezas de Salom .....	A. Manin
El hombre que ríe .....	Conrad Veid
Los tres Monasterios .....	Aime Shoen Girard
La Marcha Nupcial .....	Eris Von Stroheim

### ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remiten cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.- Barcelona

# TANGOMANIA

REVISTA  
MUSICAL  
ILUSTRADA

## Números extraordinarios 60 céntimos

- Núm. 1.—ESTA NOCHE ME ENROSCARÉ  
LA INOLERITA. Agustín Druca.  
Núm. 2.—EL CARRETERO !! POMPAS DE  
JAJON. Lucio Demare.  
Núm. 3.—NIRO BIEN !! AVE NOCTURNA.  
Roberto Fugazzi.  
Núm. 7.—BARRIO RJO !! ALAS.  
Druca - Fugazzi - Demare.  
Núm. 8.—LA CIEGUITA !! SILBIDO. Gardel.  
Núm. 11.—DESILUSION !! EL RUBENON.  
Eduardo Discala.  
Núm. 12.—COMPADRON !! PERDONA... CHE.  
Spevrate.  
Núm. 17.—LA NOBRACHERA DEL TANGO.  
MUCHUCHITO. Mario Marín.

## Números corrientes 40 céntimos

- Núm. 4.—LA REIA. Maxeneel.  
Núm. 5.—MIS LOCOS SUEÑOS.  
Eugenia Gallada.  
Núm. 6.—VIDALITA.  
Bachicha (L. E. Dzemhongia).  
Núm. 8.—ALICIAHAL. May Targanova.  
Núm. 10.—LLEVATELO TODO. Gilberti.  
Núm. 11.—CARNE DE CABARET.  
Inspecta Argentina.  
Núm. 12.—MOSQUITA MUERTA.  
J. Manuel Castel.  
Núm. 14.—CANCIONERO.  
Manuel Burda.  
Núm. 16.—BARRIO VIEJO. Guillermo Bernstein.  
Núm. 18.—SIN ALMA. A. Casarín.

## PEDIDOS A

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 767 - Barcelona

Servimos ediciones sueltas y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remita cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

# Colectiune Ud. la Selecci3n de **FIMLS DE AMOR**

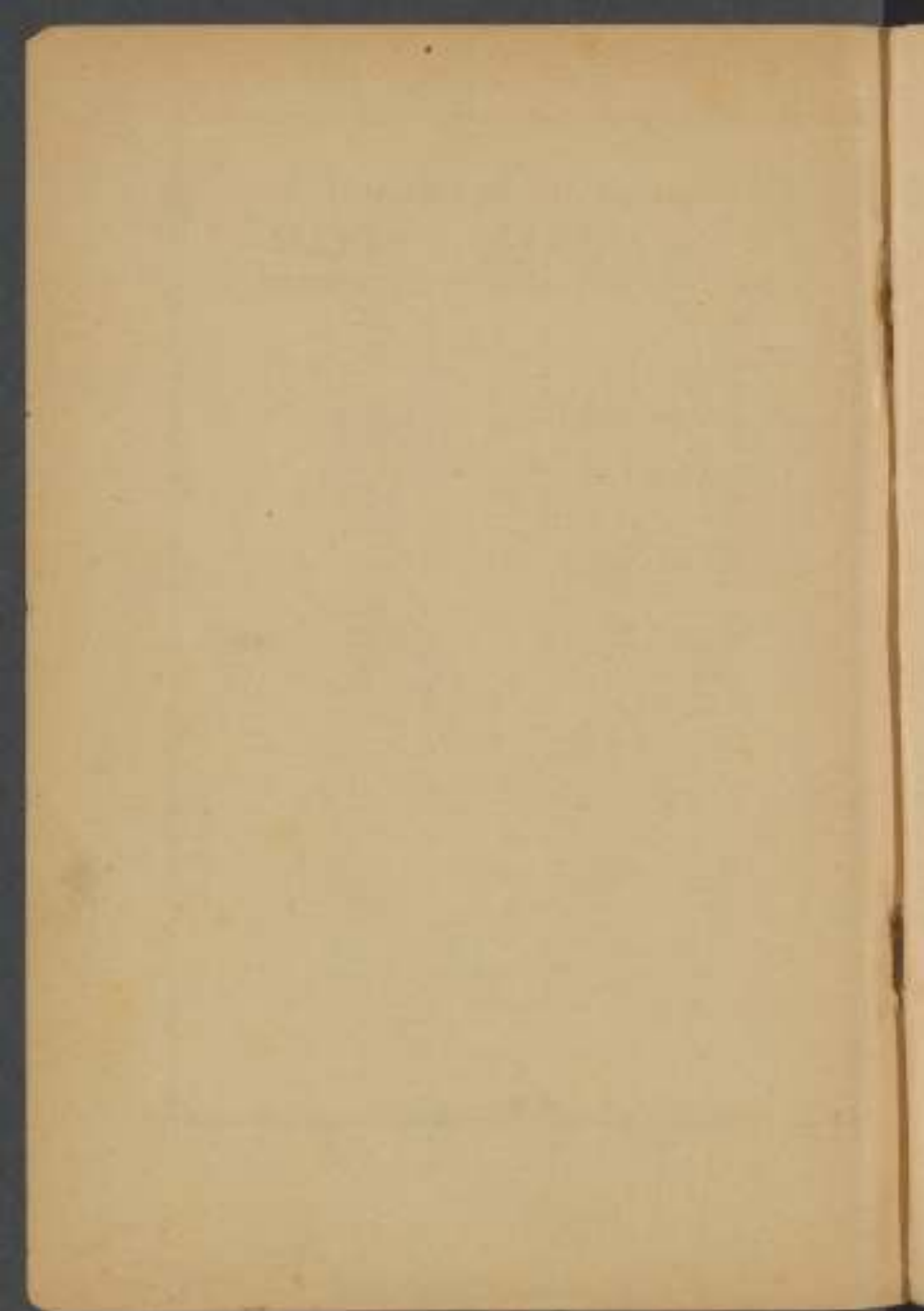
50 c3ntimos

El templo de Venus .....	M. P3dilla
Bacilario .....	Par. Congron
Las guras de la bella .....	Leda-Gia
Maputo de Hermau .....	Lew Cody
La esposa conquistada .....	Alice Tarry
El juramento de Lagord3ra .....	G. Jacques
India, el Profeta de Asia .....	Elizabet Hal
La princesa que ama al amor .....	A. Mandel
La hija del brigadier .....	Hera Gr3gar
La mujer que vino a amar .....	Barrymore
La D3ra del mar .....	Joyle K3mron
Fuente .....	E. Jennings
La que no sabe amar .....	A. Moxon
Una aventura de Luis Candide .....	M. Sorizan
Cuando los hombres aman .....	M. D3elle
El caballero de la rosa .....	J. Catal3n
Los ladres del Cor .....	Hera Stiel
Los amores de Ma3la .....	Dolores Costello
Valencia .....	M. Balbala3n
La tragedia del pap3n .....	G. K3man
Al cuarto mandamiento .....	Mary Carr
Odisea .....	P. Bertini
T3n3n .....	G. O'Brien
Flor del desierto .....	Vilma Banks
Lanzas del op3r .....	N. O'Sw3n
Entre el amor y el deber .....	R. Novaro
La vida pasada de Helena de Troya .....	R. Carver
La rosa de California .....	Luis Alamo
Noche tr3gica .....	Jacobini
La hija viciada .....	Gloria Swenson
El jard3n de Ali .....	Allen Terry
Tres pecadoras .....	Fala Negri
La tufa de la Pompadour .....	L3ne Hald
La casa del horror .....	Lon Chaney
Resurrecci3n .....	Emilia de Vio
Mandragora .....	Freddie Hunt
Virginit3 .....	Dorothy del Oro
Venus .....	Sorma Talmadge

## **SOLICITAMOS CORRESPONSALES**

Env3enos 3n3meros sueltos y colecti3nes completas, precio  
 medio del importe en 3ctos de correo. Reciben cinco 3n3meros  
 para el portaf3lio. Franqueo gratis

Biblioteca Films Apartado 707.-Barcelona







IMPRESA COMERCIAL  
CALLE VALENTIA, 134 - BARCELONA